

¡KIAI!

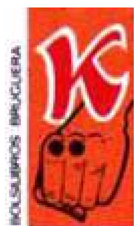
HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

EL ENEMIGO INVISIBLE

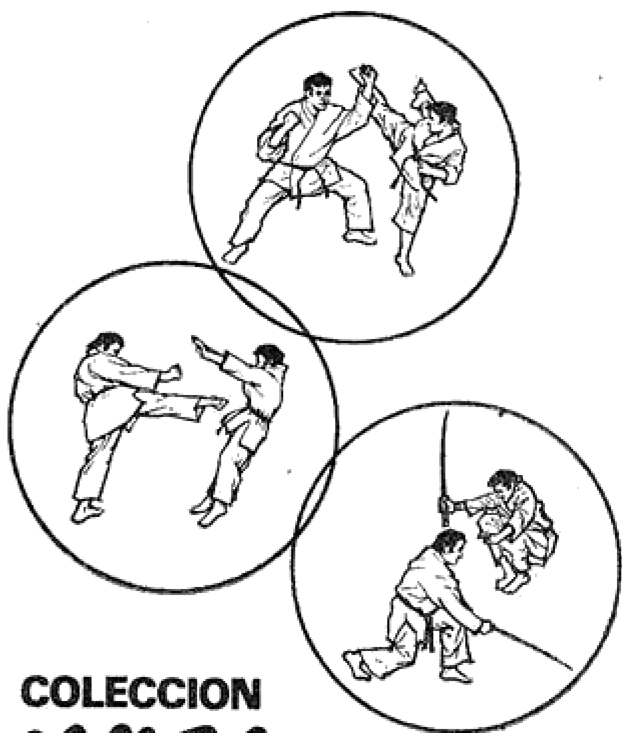
EL ENEMIGO INVISIBLE

LOU CARRIGAN



Colección
¡KIAI! n.° 49
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

Impreso en España — Printed in Spain

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»
Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés
(N-152, Km 21,650)
Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

SE apeó del taxi en Avenue Thiers, frente a la estación de la SNCF, y se dirigió hacia el interior de ésta portando la única maleta en la mano izquierda. Tenía ya el billete desde aquella misma tarde, de modo que todo lo que tenía que hacer era examinar la tablilla de horarios, para asegurarse de que no se confundía respecto al suyo.

No se confundía. Allá estaba bien claro: saldría de Niza dentro de veinte minutos, y llegaría a París, a la Gare D'Austerlitz, a las ocho cincuenta minutos de la mañana. Ningún problema.

Adquirió el Nice Soir y la revista americana Penthouse. El primero para ver qué pasaba en el mundo; la segunda, porque siempre había artículos interesantes, y varias chicas, encantadoras, de una belleza reconfortante.

Pocos minutos más tarde, siempre con tiempo sobrado, Jacques Bernard se instalaba en su compartimento del tren que le llevaría a París. Pero no se dedicó todavía a la lectura del Nice Soir, ni de la revista Penthouse. Tras permanecer un par de minutos pensativo, sacó el telegrama que había recibido aquella misma mañana en su hermosa villa de Basse Corniohe.

El texto del telegrama era el siguiente:

«Laverne en París, te espero en Austerlitz.
»Arita.»

Bien… Laverne en París. ¡Por fin! No tenía nada de sorprendente que Edward Laverne estuviese en París; en alguna parte tenía que estar, y París, precisamente por ser tan grande, era el mejor lugar de Francia para pasar desapercibido. Lo único sorprendente era que Togo Arita le estuviese esperando, a él, en la Gare d'Austerlitz, lo que implicaba que era más conveniente viajar en tren. Parecía más práctico tomar el avión, pero si Arita le esperaba en la estación ferroviaria de Austerlitz por algo sería. Los hombres como Arita, y como él mismo siempre hacía o decían las cosas por algo.

A la hora en punto, el tren partió de Niza. Jacques Bernard se dedicó entonces a echarle un vistazo al Nice Soir. Luego, más o menos enterado de que en el mundo no pasaba nada verdaderamente nuevo, se dedicó a la Penthouse. Dos artículos interesantes, que leyó con detenimiento, con su sosiego habitual. Y algunas chicas preciosas,

completamente adecuadas a la categoría de la revista.

Lo dejó todo a un lado, miró su reloj de pulsera, y quedó pensativo. Poco más tarde, decidió que lo mejor era cenar. Luego se encerraría en su compartimento, se acostaría, y sabía que dormiría, sin dificultad alguna, hasta, París. Ningún problema, nunca: sus nervios eran de auténtico acero.

Tampoco hubo problemas con la cena. Algunas personas, cuando viajan o cuando simplemente se salen de sus costumbres, tienen dificultades de todo tipo. Jacques Bernard nunca tenía ninguna clase de dificultades.

Ya había anochecido. Por las ventanillas del pasillo, a lo lejos, se veían luces amarillas, que a Jacques le habían parecido siempre tristes, como si implicasen la presencia de gentes que vivían solas y deprimidas. El traqueteo del tren era apenas audible.

—Bon soir, monsieur! —le saludó el empleado del vagón.

—Bon soir!

Llegó ante la puerta de su compartimento, la empujó, y entró. Se sentó en el borde de la litera, ya preparada mientras él cenaba. Buen servicio. Discreto y eficaz. Así tenían que ser todas las cosas.

La mirada de Bernard fue de un lado a otro del compartimento individual. Era tan reducido, que no podía haber allí ningún secreto. Pero la mirada de Bernard fue hacia la puerta del pequeño lavabo anexo, de uso exclusivo para el viajero que ocupase aquel compartimento.

Un observador atento habría encontrado muy digna de estudio la actitud de Jacques Bernard. Era como si estuviese venteando, percibiendo algo más de lo que podía percibirse. Daba la impresión de que sus ojos se oscurecían más, sus orejas se movían, su nariz absorbía todos los olores, su musculatura permanecía tensa…

De pronto, Jacques se puso en pie, asió la manilla de la puerta del lavabo, la bajó, y empujó suavemente.

¡Piiiííííiittt…!, silbó el tren.

Si Jacques Bernard hubiese sido un hombre corriente, también él habría silbado al ver a la muchacha que había en el lavabo, encogida, como queriendo fundirse con el tabique, mirándole con ojos muy abiertos, terriblemente asustada. Era tan hermosa, que el silbido habría estado justificadísimo. Larga cabellera negra, rostro deliciosamente angelical, ojos azules, boquita sonrosada y tierna como una flor, nariz graciosa. Su cuerpo, lleno y rotundo, era absolutamente sensacional, moldeado por un vestido de fino punto azul que hacía resaltar las caderas y los altos y turgentes senos.

La peculiaridad del carácter de Jacques Bernard se puso de manifiesto enseguida. Un hombre corriente habría preguntado: ¿qué

hace usted aquí?, o algo parecido. Pero él se atuvo a la lógica que le proporcionaba la actitud y la expresión de la muchacha, y preguntó:

—¿Por qué está asustada? ¿Pensaba robar algo, aquí?

Ella no respondió. Jacques miró el pequeño bolso de viaje que la muchacha sostenía crispadamente con ambas manos pegado a sus muslos. Frunció el ceño, ladeó la cabeza, y por fin la movió hacia fuera.

—¡Salga!

Ella movió negativamente la cabeza, siempre muy asustada, muy abiertos los ojos. Jacques casi sonrió.

—Bueno, si prefiere pasarse el resto del viaje ahí dentro, allá usted —dijo tranquilamente—. Espero que no la moleste demasiado si tengo necesidad de usar el servicio. Buenas noches.

Cerró la puerta. Bajó su maleta de la rejilla, la abrió, y sacó el pijama, de seda japonesa, negro. Se quitó la chaqueta, la corbata… Entonces, volvió la cabeza. La muchacha había abierto la puerta, y por la rendija le miraba. Jacques le veía solamente un ojo, grande, hermoso, todavía dilatado… pero menos asustado.

—Si quiere verme desnudo, no tengo inconveniente. Pero por favor, no me espíe así: me disgusta.

Se quitó la camisa, y volvió a mirar a la muchacha. El ojo azul expresaba ahora solamente sorpresa. Una gran sorpresa, provocada por la musculatura de Jacques Bernard. Su torso bronceado parecía de puro bronce. Echó la camisa a un lado, y los músculos cobraron vida con un movimiento velocísimo. De pronto, el ceño de Jacques fue a la puerta, la abrió, y dijo, en tono más amable:

—Esta es una situación tonta, ¿no le parece? Así que vamos a solucionarla: salga de mi compartimento, y aquí no ha pasado nada. ¿De acuerdo?

—No… ¡No, no!

—¿No quiere salir?

—¡No!

—Ese es un sitio incómodo para viajar hasta París, jovencita. ¡No me diga que no tiene usted billete…! Mire, si es eso, por mí está bien. No tengo inconveniente en compartir mi lecho con usted; se entiende que con la mejor de las intenciones. La SNCF no se va arruinar porque un pasajero no pague su viaje. ¿De acuerdo?

—¿Este compartimento… es de usted? —tembló la voz de ella.

—Hasta llegar a París, sí.

—Entonces… ¡realmente usted no es uno de ellos!

—Mmm… ¿Uno de quiénes? Yo viajo solo, desde luego.

La muchacha emitió un gemidito, salió del lavabo, fue a sentarse en el borde de la litera, y de pronto, rompió a llorar. Jacques se rascó

una ceja, perplejo. Luego, fue a sentarse junto a la muchacha, y le dio una amable palmadita en una rodilla.

—¿Ha cenado? Si tiene apetito puedo ir a buscarle algo al restaurante. Quizá aún esté abierto.

—No… No tengo apetito. Gracias.

—De nada. ¿Cómo se llama?

Ella le miró vivamente, de nuevo asustada, y Jacques alzó las manos en simpático gesto.

—De acuerdo, de acuerdo, no me lo diga si no quiere. Pero solucionemos esto. No vamos a pasarnos la noche así, supongo. Me gustaría llegar a París descansado. Espero que lo comprenda.

—Por favor… ¡Por favor, déjeme viajar hasta París con usted! ¡Se lo suplico!

—Ningún problema —aceptó Jacques—. ¿Tiene ropa de dormir? Si no es así, puedo prestarle la chaqueta de mi pijama. ¿Cepillo de dientes? Lo digo porque eso no es corriente prestarlo, pero también estoy dispuesto a ello. En cambio, espero que no me pida usted la maquinilla de afeitar.

La muchacha le miraba como fascinada. De pronto, sonrió, y Jacques también lo hizo. Agarró la chaqueta del pijama, y se la tendió. Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. Siento… haberle molestado. La verdad es que no viajo sola.

—¿Con quién viaja?

—Con un… con un amigo… Sí, con un amigo.

—Ya.

—No es lo que usted piensa… ¡No es eso! ¿Vive usted en París?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Pero va a París.

—Indudablemente.

La muchacha vaciló, antes de murmurar:

—Me llamo Jeaninne… Jeaninne Frey.

—Yo soy Jacques Bernard. Bueno, esto empieza a tener sentido… ¿Qué más sigue, ahora?

—Usted parece… una persona honrada, señor Bernard.

Jacques reflexionó unos segundos antes de asentir:

—Yo diría que lo soy, sin lugar a dudas.

—Me gustaría… Quisiera que usted:… Bueno, ¿querría entregar una cosa a una persona en París?

—¿Qué cosa, y a qué persona?

Jeaninne Frey volvió a vacilar. Pero, de pronto, colocó su bolso de viaje sobre las rodillas, lo abrió; rebuscó hacia el fondo, y sacó un

sobre de unos treinta centímetros por veinte, de color amarillo.

—Es… es sólo este sobre.

—¿A quién debo entregarlo?

Ella le miraba fijamente. Estaba vacilando de nuevo. De pronto, volvió a guardar el sobre, velozmente, y cerró el bolso.

—Es igual… No es necesario, no… Yo lo haré. Sí, espero… espero poder entregarlo yo.

—Me parece bien. No encuentro que haya dificultad alguna en entregar un sobre. Y si no lo hace usted, puede hacerlo su amigo. Bien, ¿qué hacemos, ahora?

—¡Usted, usted se está burlando de mí, señor Bernard!

—Lo que ocurre es que estoy ligeramente cabreado. Mis circuitos mentales sufren cuando ocurre algo que no pueden asimilar. Y eso es lo que está sucediendo. ¿Porqué no me hace un favor usted a mí?: tome una decisión. Sea cual sea, pero por favor, decídase.

Jeaninne Frey tragó saliva, y de nuevo se quedó mirando fijamente los oscuros e inteligentes ojos de Bernard.

—Tengo miedo de salir de su compartimento —susurró—. Ellos podrían estar vigilando, y si me ven…

—¿Quiénes son ellos?

—Quizá hayan… hayan hecho algo malo con Pierre…

—¿Y quién es Pierre? ¿El amigo de usted?

—Sí… Sí, sí. Tomamos un compartimento doble en otro vagón, pero nada más subir al tren los vimos. Nos escondimos en el compartimento, pero Pierre pensó que era mejor que yo no estuviese con él, por si ocurría algo. Así, que me dio el sobre y me dijo que buscase el modo de llegar a París por mi cuenta. Salí del compartimento, y cuando estaba en un extremo del vagón, los vi a ellos, en el otro extremo. Comprendí que estaban registrando el tren, y eché a correr. No… no había nadie en este pasillo, así que fui… empujando puertas, hasta que pude entrar aquí.

—Mis circuitos comienzan a funcionar a su ritmo —murmuró Jacques—. Si lo he entendido bien, usted y su amigo Pierre viajan juntos para llevar a París ese sobre, pero unos individuos les buscan a ustedes, supongo que para apoderarse del sobre. ¿Es eso?

—Sí… Sí, así es.

—Bueno, por el momento puede usted considerarse a salvo aquí. Ya nos preocuparemos si llega la ocasión. Mientras tanto, tranquilos. ¿Le parece bien?

—Sí. Bueno, no sé… Temo por Pierre. ¡Son capaces de haberlo matado!

—¡Vamos, vamos…!

—Usted no sabe… qué clase de gente es ésa, señor Bernard. ¡Le

aseguro que son capaces de todo! Y: no quisiera… no quisiera que le ocurriese nada malo a Pierre. ¡Oh, me gustaría que él estuviese también aquí!

—La verdad es que no soy amigo de las multitudes, señorita Frey. Dos personas aquí, pase. Tres, son demasiadas.

—Pero… pe… pero si él estuviese aquí, los dos podríamos… viajar escondidos hasta París. Si ellos vinieran a mirar en este compartimento, le verían a usted, y pensarían que no había nadie más. Lo que quiero decir…

—Comprendo, comprendo. Y ahora, va a pedirme que vaya a buscar a su amigo Pierre.

—¿Lo haría usted? ¡Por favor…!

Jacques Bernard volvió a rascarse una ceja. Luego, preguntó:

—¿Dónde está el buen Pierre?

Jeaninne Frey lanzó una exclamación, abrió de nuevo el bolso de viaje, sacó un bolsito de mano, y de él un billete, que tendió a Jacques. Era el pasaje a París para dos personas en un compartimento doble. Tomó nota de él, devolvió el billete a la muchacha, se puso la camisa, la corbata, la chaqueta… Fue hacia la puerta, y salió.

Tres minutos más tarde, llegaba al vagón que le interesaba en el tren. El empleado pudo informarle, Jacques le dio las gracias, y comenzó a recorrer vagones hacia la cola del tren.

Tres minutos más tarde, llegaba al vagón que le interesaba. Y otros pocos segundos después, veía la puerta del compartimento. Llamó a ella con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Miró a derecha e izquierda; no había nadie en el pasillo, salvo un hombrecillo rechoncho que fumaba, con la frente pegada al cristal de una ventanilla, absorto.

Acercó la boca a la juntura de la puerta, y dijo:

—Pierre, me envía Jeaninne.

Sin respuesta.

Probó la manilla de la puerta, que cedió. Acabó de bajarla, empujó suavemente, y se quedó mirando el oscuro interior del compartimento, mientras la ráfaga de aire que entraba por la abierta ventanilla llegaba a él con veloz movimiento giratorio, haciendo ondear sus largos cabellos. Encendió la luz del compartimento… y enseguida entró en éste y cerró la puerta.

Se quedó mirando el espectáculo. Las liberas ya estaban bajadas. Sobre la superior se veía una maleta abierta, cuyo contenido estaba esparcido por todo el compartimento, moviéndose a impulsos del aire de la marcha. Eso era todo. Se acercó a la ventanilla, y se asomó, mirando para atrás, estremecido… y no precisamente debido al aire nocturno. La ventanilla abierta le sugería que quizá el llamado Pierre

se había… apeado del tren mucho antes de París, y seguramente en contra de su voluntad.

Cerró la ventanilla, se volvió, y estuvo unos segundos mirando el desbarajuste: ropas, revistas, un par de perchas de aluminio, un libro caído boca abajo, abierto. Mal asunto.

Sin tocar nada, salió del compartimento tras apagar la luz, y cerró la puerta.

Cuando llegó a su vagón, no vio al empleado de la SNCF en su sitio. Se detuvo ante la puerta de su compartimento, mirando a ambos lados… En aquel momento, apareció el empleado del tren, por el extremo delantero del vagón. Lo vio, y apresuró el paso. Se detuvo, ante él, obsequioso el gesto.

—¿Puedo servirle en algo, monsieur?

—Sí —sonrió Jacques—. Se me ha estropeado el reloj, según parece. ¿Puede decirme la hora?

El empleado se la dijo; Jacques asintió.

—Gracias. Y buenas noches.

—Buenas noches, monsieur. Si necesita algo más, estaré por aquí.

—Muy amable. Pero ahora no estaba.

—¡Oh, monsieur…! Un viajero me pidió que le acompañase a un compartimento de otro vagón, y no podía negarme. Mis ausencias son muy breves, monsieur.

—Estupendo. Gracias y buenas noches.

El empleado se tocó la gorra, y se alejó. Jacques abrió la puerta, entró… y casi lanzó un respingo. Cerró rápidamente, y se abalanzó hacia Jeaninne Frey, que yacía sobre la litera, revueltas las ropas y el cabello. Se veían completamente sus espléndidas piernas, y parte de los senos, pues el vestido había sido arrancado… Por, todo el compartimento se veía esparcido el contenido del bolso de viaje de la muchacha, e incluso el de la maleta del propio Jacques. Este puso dos dedos en una carótida de Jeaninne, y suspiró al comprobar que estaba viva. Se quedó mirando las señales de golpes en su rostro, y el gesto de dolor que crispaba sus facciones.

—Vaya momento para complicaciones —refunfuñó.

Oyó el gemido de Jeaninne, y la miró. La muchacha había abierto los ojos. De pronto, se sentó en la litera, lanzando un gritito. Vio a Jacques Bernard mirándola seriamente, y, de pronto, estalló en sollozos.

Capítulo II

—¿SE encuentra mejor?

Jeaninne asintió con la cabeza, terminó el contenido del vaso, y devolvió éste a Jacques, que fue a dejarlo en el lavabo. Regresó junto a la muchacha, y se sentó.

—Bien: ¿qué piensa hacer, ahora? —preguntó.

—Tengo… Tengo que volver a Niza…

—¿No piensa avisar a la policía?

—No —respingó ella—. ¡Oh, no, claro que no!

—¿Por qué no? —frunció el ceño, él—. Es claro que le han robado el sobre, y mucho me temo que, además de golpearla a usted, hayan arrojado por la ventanilla a su amigo Pierre… que si no estaba ya muerto ha debido matarse al caer; es posible, incluso, que el tren lo haya arrollado, pues el aire quizá lo haya metido bajo las ruedas… ¿Y con todo esto, no piensa usted avisar a la policía?

—No… ¡No, por favor, no podemos hacerlo!

—¿Qué contiene ese sobre amarillo?

—No puedo decírselo… ¡No puedo! ¡Oh, Dios mío, me lo han quitado, lo tienen ellos…! ¡Pobre papá!

—El papá… ¿de quién?

—Mi padre… Me envió a mí, precisamente, porque estaba convencido de que era lo más discreto, pero no hemos podido engañar a Pfalz…

—¿Quién es Pfalz?

—Hermann Pfalz… Vive en Niza. Yo… yo también vivo en Niza, en la… ¡Oh!; pero no puedo volver allí, pues papá se enteraría de lo sucedido. Bueno, iré a mí apartamento privado… Pero, ¡Dios mío!, ¿qué puedo hacer yo para recuperar el sobre…?

—Vaya a pedírselo a Hermann Pfalz.

Jeaninne le miró como si Jacques estuviese loco de remate.

—¡Pedírselo a Pfalz! ¡Usted no sabe lo que dice!

—Es la consecuencia lógica de no saber de qué va todo este asunto. El tren está reduciendo la marcha… Vamos a parar dentro de muy poco, señorita Frey.

—Sí… Bien, te… tengo… tengo que apearme… Por favor, ayúdeme a recoger mis cosas… ¡Dinero! Se… se deben haber llevado mi bolso de mano… ¡No tengo dinero!

Cierto. El bolso de mano de Jeaninne Frey no estaba. Recogieron

todo lo demás, y acto seguido, las cosas de Jacques, que tras cerrar su maleta se quedó mirando fijamente a la muchacha.

—¿Entiendo que la discusión por ese sobre puede ocasionar... incluso muertes, señorita Frey?

Ella se mordió los labios, y bajó la mirada. El tren estaba circulando ya a velocidad muy reducida. Jacques se sentó junto a Jeaninne.

—Si yo supiese lo que ocurre, exactamente, quizá podría ayudarla, señorita Frey.

—¿Usted? —lo miró vivamente ella.

—Yo. Ese Pfalz... ¿es un ladrón?

—¡Lo es! ¡Y un...!

—Tranquilícese. ¿Pueden haber muertes en este asunto? Y le ruego que me conteste esta vez.

—Sí... Pueden... pueden haber muchas muertes. Mil, dos mil, diez mil... ¡Oh, Dios mío, no lo sé, no sé cuántas, pero muchas!

El tren emitió un pitido. Jacques señaló al pecho de Jeaninne.

—Arréglese eso como pueda. Vamos a apearnos. Pero, desde luego, deberá usted explicármelo todo bien. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. Pe... pero... usted... usted... ¿Qué puede hacer usted, señor Bernard?

—Vamos a comprobarlo.

—Pero usted va a París...

—No se preocupe por eso.

* * *

Ningún problema, en aquel sentido. Cuando Jacques Bernard regresó a sentarse en el banco junto a Jeaninne, el telegrama ya había sido impuesto, y quizá le llegase a Togo Arita antes de que, por la mañana, éste se dispusiera a ir a la estación de Austerlitz a esperar a su amigo Jacques.

El texto del telegrama era éste:

"OBLIGADO RETRASAR VIAJE. MANTÉNLO CONTROLADO.
Jacques."

Pero Jacques no le habló del telegrama a Jeaninne. Cuando se sentó junto a ella, se refirió sólo al otro aspecto de la cuestión:

—El empleado conoce a un taxista. Lo ha llamado por teléfono, y le ha dicho que le pagaremos muy bien, así que lo tendremos aquí en

pocos minutos. Mientras tanto, ¿te parece que es momento de que me expliques lo que ocurre… eso que puede ocasionar miles de muertes?

De pronto, Jeaninne Frey comenzó a hablar, rápidamente, como si quisiera terminar cuanto antes:

—Mi padre tiene negocios en un país africano llamado Kobonia. Envió allá a unos técnicos a hacer unas prospecciones mineras, que dieron un resultado positivo. Tras algunas negociaciones discretas, mi padre llegó a un acuerdo con el presidente de Kobonia, quien le garantizó determinados privilegios de explotación a cambio de esos informes mineros. Así que mi padre le enviaba toda la documentación al embajador de Kobonia en París, para que éste la enviase, como valija diplomática, a Kobonia.

—Entiendo. ¿Y qué pinta Hermann Pfalz en esto?

—Sabemos que Pfalz está en contacto con la oposición de Kobonia… Hasta el momento, los líderes de la oposición permanecen en actitud… pacífica. Pero si Hermann Pfalz les envía la documentación sobre las prospecciones mineras realizadas allá, se organizará una revuelta por parte de la oposición, para tomar el mando del país. Y eso… eso ocasionaría muchos muertos… ¡Muchos!

—Sin duda —murmuró Jacques—. No quiero desalentarte, pero me temo que poco podemos hacer ya: ¿cómo vamos a impedir que esos documentos lleguen a Kobonia? En cuanto los tenga en su poder, Pfalz los enviará allá, de un modo u otro, ¿no crees?

—¡Oh, no…! ¡No lo creo! Pfalz es demasiado astuto y desconfiado para hacer una cosa así, mi padre siempre lo dice… Seguramente informará a la oposición de Kobonia de que ha conseguido algo muy importante, y pedirá contacto aquí, en Francia. Y mientras espera, él tendrá los documentos bien guardados. Seguramente pedirá una gran cantidad de dinero, o alguna concesión. No sé.

Jacques Bernard se rascó una ceja.

—Bueno, si él tiene que esperar a alguien, eso nos concede un margen de tiempo. Los hombres del tren que se han llevado el sobre quizá lleguen a París y regresen mañana en avión… O quizá ya se hayan apeado del tren, también aquí, por el otro lado… O les esté esperando un coche en algún otro sitio… De un modo u otro, Pfalz recibirá pronto ese sobre… Entonces, nosotros se lo quitaremos.

—¿Nosotros? —lo miró, casi aterrada, Jeaninne— Jacques, tú no… no sabes… qué clase de hombre es Pfalz…

—Tengo la ventaja de que tú me lo dirás —sonrió Bernard—. En cambio, a él nadie le dirá con qué clase de enemigo se las va a ver.

—Pero… pero… ¿qué vas a poder hacer tú contra gente como ésa?

—Ahí llega nuestro taxi, supongo —señaló Jacques, sonriendo—. Vamos allá, y por el camino de regreso a Niza me irás contando todo

lo que sepas de Hermann Pfalz.

* * *

Era alrededor de la una de la madrugada cuando, finalmente, Jacques Bernard pudo ponerse su pijama de seda japonesa. Se tendió en el sofá de la salita del pequeño, pero coquetón y lujoso, apartamento sito en el boulevard Víctor Hugo, y se quedó contemplando el techo. Por el momento, y considerado lo que pensaba hacer, le había parecido mucho más discreto y conveniente para él quedarse allí que regresar a su villa en Easse, Corniche.

Jacques Bernard se acomodó bien en el sofá, y de nuevo se quedó mirando el techo…

—¿Estás bien? —le llegó la voz de Jeaninne.

—¡Oh, sí, muy bien! Gracias.

—¿Necesitas algo, Jacques? —inquirió, de nuevo, Jeaninne.

—Nada, gracias —respondió, sonriendo.

Bernard volvió la cabeza, cuando a su fino oído llegó el deslizarse de los pies descalzos por el suelo. Miró hacia allí, y al resplandor de las luces de la avenida distinguió, como una bellísima forma de plata, el cuerpo desnudo de Jeaninne Frey, caminando lentamente hacia él.

La muchacha llegó junto al sofá, y se detuvo.

—Jacques…

—¿Mmmm?

—Nunca he dormido en un sofá…

Las manos de él se tendieron en la oscuridad, y abarcaron la delgada cintura femenina, pura seda.

—Bueno —murmuró—. Siempre se está a tiempo de adquirir nuevas experiencias.

Cuando notó el cuerpo de Jeaninne junto al suyo, y ella llegó con sus labios a su boca, Jacques Bernard se dijo que por su parte tampoco tenía inconveniente alguno en adquirir más experiencia.

Ningún problema… en aquel aspecto.

Capítulo III

—¿TIENE algún problema, señorita?

Nina Veruska se volvió al oír junto a ella la voz masculina. Casi respingó al ver al sujeto: un tipo alto, barbudo, de ojos oscuros y sonrientes. Poco menos que un mendigo, a juzgar por su aspecto. Sus ropas estaban raídas, mugrientas… El negro jersey deportivo parecía haber contenido anteriormente un cuerpo mucho mayor, así que estaba deformado, y colgaba como un pingajo. Los tejanos y las zapatillas deportivas no estaban, precisamente, en mejor estado… Se quedó tan cortada que no supo qué decir.

El tipo señaló el motor que ella había estado examinando.

—Quizá yo podría ayudarla —sugirió.

—Bueno… Sé lo agradecería mucho, realmente… No sé qué ha podido pasar. Llevo toda la mañana haciendo compras, y el coche ha funcionado muy bien. De pronto, al salir de la última tienda, el motor no se pone en marcha.

—Los coches son como las personas —dijo el inquietante sujeto—. Están bien, pero de pronto, ¡pif!, la pifian. A fin de cuentas, si nos ponemos a pensarlo, un coche es como una persona, en verdad.

—¿Cómo una persona? —se sorprendió Nina.

—Toma, claro. Las personas tenemos corazón, pulmones, cerebro, arterias… ¿No es así?

—Pues… sí. Sí, desde luego.

—Pues lo mismo los coches: la dinamo es el cerebro, el motor es el corazón, los filtros de aire y tal, son los pulmones, y los cables eléctricos y conducto de gasolina y todo eso, son las arterias. ¿Comprende, rubia?

Nina Veruska había comprendido. Y, en verdad, estaba pasmada.

—Comprendo… ¡Pero nunca antes se me había ocurrido pensar semejante cosa!

—Eso es porque usted no utiliza el melón, rubia.

—¿El…? ¿Qué melón?

—La bola de queso. La calabaza. El paquete pensante… ¡La cabeza, demonios! ¿Comprende? O sea, el melón.

Nina Veruska se echó a reír, mirando con nueva curiosidad al desastrado personaje. El cual, a su vez, la contemplaba entre irónico y admirado. La admiración estaba justificada, porque Nina Veruska era un sueño rubio convertido en mujer. Elegante, esbelta, con formas

suaves pero bien definidas y no poco sugestivas. Sus cabellos eran rubios y largos, preciosos. Su boca era un puro goce visual. Y tenía los ojos de un extraordinario color malva, llenos de chispitas doradas. Él no va más. Su garganta, tan blanca, delicada, tierna, se movió al reír, y el sujeto simuló lanzar allá un mordisco y dijo:

—¡Ñam!

—¿Qué hace? —se sobresaltó Nina.

—Le he atizado un mordisco al cuello, rubia. Con la imaginación nada más, claro. Yo soy un caballero.

—¿De verdad? —rió de nuevo Niña.

—¡Palabra! —alzó una manaza el sujeto—. Todo un caballero. Incluso tengo un título nobiliario, aquí donde me ve.

—¿Qué título? —volvió a reír Nina.

—Soy conde. El conde Drácula, claro. ¿Me deja que le dé una chupadita en el pescuezo? A cambio, le arreglo ese motor en un decir ¡viva la vida!

—¿Podría arreglármelo? ¿De verdad?

—¿Podría morderla, de verdad?

—De acuerdo —rió, una vez más, Nina—. ¡Arréglelo!

—Eso está echo, rubia ¿Teñida?

—¡Claro que no! —protestó Nina—. Yo soy toda natural.

—Pues ¡viva la vida silvestre! Bueno, vamos a ver qué le ocurre a este jovencito… De modo que se resiste a ponerse en marcha ¡Eres un niño malo!

Se inclinó, metió las manos un par de segundos por allá, y se irguió.

—Bueno, ya está —dijo.

—¿Cómo que ya está? —exclamó Nina—. ¿Ya funciona?

—Me apuesto los dientes de morderla en el pescuezo.

Tras un gesto de incredulidad, Nina fue a sentarse al volante, dio el encendido, y el motor se puso en marcha inmediatamente. Todavía no había salido de su asombro cuando el sujeto, tras bajar la tapa del motor, se inclinó junto a la ventanilla, miró el cuello de Nina, e hizo:

—¡Ñam! ¡Ya está mordida!

—Pe… pero… ¿qué ha hecho usted? ¡Le aseguro que no funcionaba!

—Pues ya funciona.

—Sí… Bueno, no quisiera ofenderle, pero —Nina tomó su bolso del asiento contiguo, y lo abrió, vacilante—. ¿Se va a ofender?

—¿Dinero?

—Bueno, de alguna manera tengo que…

—No soy mecánico, así que no cobro. Está muy feo eso de

entrometerse en las profesiones de los demás. Además, ya me he cobrado el servicio, con ese suculento mordisco. De todos modos, admito propinas.

—¡Oh, bien, le daré…!

—No esa clase de propinas. Tengo que ir al muelle, y si me hurga en los bolsillos no encontrará un cochino franco, así que no puedo pagarme ni el autobús. ¿Comprende?

El tipo sonrió, rodeó el coche, y se sentó junto a Nina, que puso la primera marcha y apartó el coche del bordillo, alejándose de los almacenes donde había realizado su última compra. Miró un instante a su greñudo y casi harapiento viajero.

—¿Trabaja usted en el muelle? —preguntó.

—No vamos al muelle —la, miró él, amablemente—. Tengo una pistola en el bolsillo, y le voy a meter media docena de balas en esas hermosas tetas si no hace lo que le digo, señorita Veruska.

—¿Qué… qué…? —palideció Nina.

—Conduzca hacia Mont Boron. Despacito, sin prisas y sin pausas. Tranquila. Le aseguro que lo más tonto que hay en la vida es buscarse problemas.

—Pe… pero… ¡usted sabe quién soy! ¿Qué significa esto?

—Se lo diré. Durante toda la mañana he estado haciendo algunas averiguaciones, y así, he sabido encontrar un punto flaco en la organización de Hermann Pfalz: la señorita Nina Veruska, su pimpante y encantadora secretaria. De modo que esta tarde, cuando usted ha salido, me he puesto a rueda, he esperado el momento oportuno, he desconectado un cable de su coche mientras usted compraba cositas, y luego me las he dado de samaritano. Y todo ello, para que ahora vayamos amistosamente a Mont Boron. La invito a un cóctel. ¿Le gustan los cócteles?

—¡Dios mío…! ¿Qué pretende usted?

—Invitarla.

—Pero… ¿quién es?

—Llámeme Ninja. ¿Sabe usted lo que es un ninja?

—No… No.

—Casi nadie lo sabe. Lo que demuestra la vasta incultura de la gente, en general. Gire hacia la izquierda, por favor… Gracias. Me parece que no tendremos problemas. Usted es inteligente.

—¿Qué… qué es un ninja?

—Bueno, un ninja es un personaje fabuloso en la vieja tradición bélica japonesa. Resumiendo: un ninja es un espía.

—¡Oh! ¿Es usted… un espía?

—Pero muy peculiar. Verá usted, un ninja, o sea, un practicante del espionaje, entre otras cosas, es un sujeto de lo más especial. Hace

montones de años, allá en Japón, eran personajes de leyenda. Ya sabe que hace un montón de años los japoneses se pasaban la vida zurrándose unos a otros, ¿verdad que lo sabe? Que si yo soy más señor que tú, que si tengo más guerreros, que si mis samurai son mejores que los tuyos, que si yo soy emperador de aquí, que si tú no vales una mierda… Total, que todos los grandes señores, esto es, los daymio, tenían a su servicio verdaderas legiones de bravos samurai… ¿De los samurai sí habrá oído hablar supongo?

—Sí, si… Eran… valientes guerreros japoneses, que tenían un… estricto código de honor.

—¡Exactamente! Ese código de honor, que llamaban Bushido, definía la forma de vida de un samurai. Eran insobornables, fieles, audaces, valientes… salvo algún que otro cabrón que siempre aparece en las mejores familias, por desgracia. Bueno, pues cuando un samurai sabía que tenía que enfrentarse a un ninja, se le ponía aquí —el sujeto se llevó la mano a la garganta, muy expresivamente.

—¿Por qué?

—Porque un ninja es algo temible, querida. No sólo sabía, tan bien como un samurai, cómo manejar la espada, el cuchillo, y demás armas, sino que tenía más mala leche que un camello. Y digo camello, no camella, ¿comprende? Un ninja esperaba la noche, se vestía de negro de pies a cabeza, y se metía en territorio enemigo como el que va a darse un paseo por la Promenade des Anglais, pongo por caso. En cuanto se ponía en funciones, era como una sombra. Aparecía, desaparecía, volvía a aparecer… En realidad, casi nadie veía nunca a un ninja. Fíjese a qué punto llegaba su habilidad para esconderse y camuflarse, que se llegó a decir que eran invisibles.

—¡Eso no es posible!

—Claro que no, pero parecían invisibles, y fin del cuento. No había manera de cazar a un ninja. Y si alguna vez, por pura chiripa, cazaban a alguno, cuando se iban a dar cuenta ya estaba muerto, porque él mismo se envenenaba, para no chivarse sobre quién le había enviado y cosas así. ¡Admirable gente, palabra! Audaces, habilísimos luchadores con armas y con las manos… Un poco bestias sí eran, para ser completamente sincero. Escuche lo que pasó una vez: acorralaron a un ninja, y éste se escondió entre unos arbustos: los que le buscaban comenzaron a pegar sablazos a los arbustos, ¡zis, zas, zis, zas…!, a ver si había suertecilla y lo encontraban. Así que dale que dale con la katana a los arbustos… ¿Usted sabe lo que es una katana?

—No… Bueno, un sable, ¿no?

—Un sable japonés. Ríase usted de las cimitarras moras, se lo digo yo. Bueno, pues los guerreros que buscaban al ninja se la pasaron dando mandobles a los matorrales, pero nada de nada. Así que finalmente, se alejaron de allí. ¿Y sabe qué había sucedido?

—¿Qué?

—Que sí habían acertado al ninja. Le habían cortado un brazo de un mandoble. Pero el ninja permaneció en su escondite sin decir ni siquiera ¡ay!, y cuando todos se fueron, recogió su brazo, se lo puso de nuevo en el hombro, y se marchó.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Nina.

—Lo de recoger el brazo, no: era broma, claro. Pero todo lo demás es cierto. Y sólo le he contado una pequeña anécdota, créame. Los ninja son terribles: sombras nada más, pero capaces de todo. De todo. En realidad eran unos… budokas muy evolucionados para aquel tiempo, porque sabían de todo. Lástima que, como le digo, tuviesen más mala leche que un camello. ¿Comprendido todo?

—Sí… Sí.

—Bueno, pues yo soy un ninja del siglo XX. ¿Se lo digo más claramente, señorita Veruska?

—No… no es necesario.

—Estupendo. De nuevo a la izq… ¡Ah, muy bien!, veo que es usted no sólo inteligente, sino que conoce bien Niza.

—Pero… ¿qué es lo que quiere usted de mí?

—Lo primero de todo, reprocharle que trabaje usted para un tipo como Hermann Pfalz. ¿O quizá usted también es una granujilla?

—¡Qué dice…! ¡Yo no soy una granujilla! ¡Ni lo es el señor Pfalz!

—Ya, ya. Mire, no tengo ganas de discutir, así que limítese a conducir. Pronto llegaremos a un pequeño chalet propiedad de unas buenas gentes que están viajando por Oriente, y allá terminaremos de poner las cosas en claro. Le digo lo del chalet porque si más adelante los hombres de Pfalz quisieran encontrarme, perderían el tiempo. El chalet no es mío, y sus dueños ni me conocen.

—¿Y cómo… cómo vamos a entrar?

—Estupenda pregunta —gruñó el sujeto—: ¡Preguntarle a un ninja cómo va a entrar en una casa!

Apenas quince minutos más tarde, el coche se detenía delante de un pequeño chalet rodeado de un simpático jardín en el que destacaban las mimosas y las petunias. Parecía de juguete. Cuando salieron del coche, Nina se volvió, y vio a lo lejos y abajo el resplandeciente mar, la luminosa Baié des Anges, salpicada de blancos yates y pequeños veleros…

—Venga, le diré cómo vamos a entrar.

El barbudo la había tomado de un brazo, la llevó al porche, y sacó un alambre retorcido. Lo introdujo en la cerradura, hurgó en ella unos segundos, y empujó la puerta…

—Voilá! —exclamó.

Entraron en la casa. El barbudo cerró la puerta, y señaló hacia

dentro. Llegaron al saloncito, y el ninja, fue hacia el mueble librería, abrió varios cajones hasta encontrar lo que buscaba, y fue a depositarlo sobre una mesita de centro: era un bloc grande y un par de bolígrafos.

—Siéntese y comience a trabajar. Sin prisas. Yo voy a ver si encuentro algo para invitarla. Sería una tontería que usted pretendiese escapar, señorita Veruska. Nadie escapa a un ninja. Nadie. Aunque pasen quinientos años, el ninja lo atrapa.

—¿Qué tengo que hacer?

—Dibuje, con toda precisión, el plano de la quinta de Hermann Pfalz, con toda su distribución interior, e incluya, también, los jardines, piscina, pista de tenis… Todo. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Supongo que sí…

—No omita nada.

Ninja desapareció en dirección a la cocina, y Nina Veruska se puso enseguida en pie, mirando hacia la salida. Luego, volvió a mirar hacia el lugar por donde había desaparecido Ninja. No se oía nada… Muy abiertos los ojos, notando cómo el corazón le latía con terrible violencia, Nina comenzó a deslizarse hacia la salida del saloncito. Lo abandonó, recorrió sigilosamente el pequeño recibidor, abrió la puerta de la casa, salió de espaldas, mirando siempre asustada hacia el interior, ajustó la puerta silenciosamente, y se dispuso a correr hacia su coche…

—¡Ñam! —oyó tras ella—. ¡Mordisco de castigo!

Nina Veruska se atragantó con su respingo de sobresalto. Se volvió casi saltando del susto, y se quedó mirando con expresión desorbitada al barbudo, que le dio un amable cachetito en una mejilla.

—No sea tonta —susurró Ninja—. Le aseguro que todo cuanto he dicho de los ninja es cierto. ¿Va a obligarme a partirle una pierna para que no lo vuelva a intentar?

—No —tartamudeó Nina—. No, no…

—De acuerdo. Volvamos adentro, y empiece ese plano.

El plano estaba listo casi media hora más tarde, porque Ninja no se conformó con el que hizo en primera copia la bella Nina, sino que fue haciendo preguntas, puntualizando detalles, obligándola a hacer y rehacer el plano una y otra vez. Mientras tanto, habían estado bebiendo tranquilamente champaña, y fumando un par de cigarrillos. Cuando el plano estuvo listo, ya no quedaba champaña.

Ninja se dedicó a estudiarlo detenidamente, en silencio, mientras Nina lo estudiaba a él. ¿Cómo no se había dado cuenta antes…? Seguro que aquella barba era postiza. Y además, pese a sus ropas mugrientas, Ninja se veía limpio, tenía las manos bien cuidadas, estaba claro que sus modales y su cultura no eran corrientes, ni mucho

menos…

—¿Está usted segura de todo esto? —preguntó, de pronto, él.

—Sí.

—Le diré cómo están las cosas: usted se va a quedar aquí, atada y amordazada, hasta mi regreso. Lo que quiere decir, y espero que lo entienda a la primera, que si yo no regreso, usted sólo será hallada en este lugar cuando regresen los propietarios del chalet… dentro de dieciocho días, según me he cuidado muy bien de saber. Espero que no me considere demasiado cruel.

—¡Dios mío! —palideció Nina—. ¿Qué va usted a hacer?

—Voy a robar un sobre amarillo. Es decir a recuperarlo.

—¿Va usted a… a robar a la casa del señor Pfalz?

—Así es.

—Pe… pero… ¡Pero pueden herirlo, o… o matarlo, y entonces yo… yo… yo moriría aquí encerrada!

—No se preocupe: volveré.

Nina Veruska fue a decir algo más, desesperada, pero Ninja le puso una mano en un lado del cuello, le apretó suavemente, y la muchacha quedó desvanecida en el acto, sin un suspiro. Minutos más tarde, estaba atada de pies y manos y amordazada. Todo hecho con suma delicadeza, pero muy bien hecho. Ninja la tendió en el lecho del dormitorio grande, se quedó mirándola, y sonrió afectuosamente. Se inclinó, la besó en una orejita, y dijo:

—¡Ñam!

Luego, salió de la casa, cerró, se metió en el coche de Nina Veruska, y emprendió el descenso hacia Niza. Todavía tendría que esperar a la noche, tiempo que aprovecharía para echar el último vistazo, aún más detenido que los anteriores, a la hermosa villa de Hermann Pfalz.

Por supuesto; sabía que habían vigilantes en ella, y sin duda alguna, armados, pero eso, además de convencerlo de que Pfalz era un tipo poco recomendable, le tenía sin cuidado. Sabía que no iba a tener ningún problema. No él, ciertamente.

Capítulo IV

ERIC encendió un cigarrillo, procurando ocultarlo en el hueco de la mano, porque tenía prohibido fumar en tanto estaba de servicio de vigilancia en el garaje, ya que éste permanecía a oscuras, y la brasa del cigarrillo podía ser vista desde el exterior. Lo cual no interesaba en modo alguno. De pie junto a la ventana, Eric debía pasarse su turno mirando siempre hacia el jardín de la parte delantera de la casa, donde, además, había otro hombre vigilando, su compañero Weimer. Pero, si Weimer era burlado, o sufría algún percance, cualquier intruso debería, inevitablemente, cruzar la explanada que separaba el jardín de la casa, si quería llegar a ésta. Y, pese a que en la explanada para recepción de coches, había un bonito estanque en el centro, era completamente imposible que alguien pudiera cruzar aquella zona sin ser visto por Eric. Si alguien aparecía, la misión de Eric consistía en encender las luces que habían sido especialmente instaladas en los puntos más estratégicos del tejado de la casa y en algunos árboles del jardín; de este modo, fuera quién fuese el intruso, quedaría atrapado en un baño de luz que lo cegaría y lo dejaría bien visible para que, con su rifle de altísima precisión y de disparo silencioso, Eric lo amenazara; y, si la reacción del intruso no le gustaba, lo abatiera a balazos.

Además, y lógicamente, también había otros vigilantes en la parte de atrás, aunque era poco probable que alguien tuviera narices para llegar por allí, porque sería lo mismo que meterse en un pozo oscuro cuyo fondo se desconocía. Y claro está, también en aquella parte el intruso o intrusos quedarían atrapados en un raudal de luz en cuanto se pusiera en marcha la alarma.

Imposible la incursión, Eric estaba convencidísimo de ello. Así que, por muy importante que fuese lo que el señor Pfalz quería proteger, Eric no tenía preocupación alguna. Solamente un loco se atrevería a meterse en aquella trampa. De ninguna manera podría escapar, jamás, ya que, por si todo fallaba, en el tejado se instalaba una ametralladora servida por dos hombres en cuanto llegaba la noche.

"¡Qué barbaridad! —pensó Eric, chupando del cigarrillo—. Me gustaría saber qué guarda ese hombre en su caja fuerte… ¡Ni que fuesen los planos de la bomba atómica!"

Al pensar esto, Eric sonrió, porque los planos de la bomba atómica, al parecer, eran ya juguete de niños, puesto que, según se decía, podía ser construida por ciudadanos particulares. Gran asunto, construir una

bomba atómica. Claro que se requerían determinados conocimientos no poco complicados, pero al parecer, había mucha gente que ya había adquirido esos conocimientos. O sea, que si uno tiene dinero, compra el material preciso para…

Algo pasó por delante del rostro de Eric, procedente de atrás, de la oscuridad del garaje, a su espalda. Algo negro, que tenía forma de mano. Una mano negra, que retiró delicadamente el cigarrillo de los labios de Eric. Este quedó paralizado de asombro, boquiabierto. En una milésima de segundo, varios pensamientos pasaron raudos como relámpagos por su mente: ¿había alguien detrás de él? ¡Pero si se había encerrado él solo en el garaje…! Además, no había oído ni visto nada. ¿Se había dormido y estaba soñando?

Fue todo un revoltillo de pensamientos, que terminaron a la fracción de segundo siguiente, después de que Eric, todavía sin haber conseguido reaccionar, notase una presión en un lado del cuello. Quedó dormido en el acto, y una mano negra le sostuvo por la ropa del cuello, un par de ojos oscuros miraron hacia el exterior, hacia la explanada. El cigarrillo cayó al suelo, fue apagado por un pie, y eso fue todo… hasta unos segundos más tarde, en que una mano negra provista de negros alicates apareció junto al cuadro de mandos de las luces que implicaban alarma simultánea.

Clic… Clic, clic, se oyó el suave chasquido de los alambres al ser cortados. La mano y los alicates desaparecieron.

Sentado en un banco del jardín, bajo una encantadora pérgola florida, Weimer miraba hacia la explanada y la casa. En ésta había luces encendidas todavía, de modo que debido a su resplandor, Weimer no podía ni siquiera vislumbrar a sus dos compañeros que había en lo alto del tejado, con la ametralladora instalada. De buena gana habría echado un sueñecito, pues si alguien pretendía invadir la villa seguro que no lo haría a hora tan temprana de la noche, cuando todavía sus ocupantes estaban despiertos, de tertulia en el salón, o viendo la televisión.

Pero, precisamente, minutos antes había visto tras los cristales de la ventana derecha del garaje, la brasa del cigarrillo de Eric, y lo había censurado mentalmente, de modo que no podía él ahora hacer mal su trabajo, como lo hacía Eric…

Se removió en el banco, buscando el mejor acomodo posible sin dejar por ello de ver la explanada por entre los arbustos de flores y setos. Luego miró hacia el borde del jardín, donde estaban las verjas que protegían sus límites. Donde más tenía que mirar era, precisamente, allí, pues si alguien entraba en la villa no lo haría volando, sino saltando las verjas. ¡Bah…! Dejó cuidadosamente su potente rifle en el banco, cruzó los brazos sobre el pecho, y se removió de nuevo; lo mejor era tomárselo con filosofía. Le pagaban bien por

hacer bien aquello, y no tenía por qué defraudar a nadie. Un tipo como él, que vivía alquilándose como personal de seguridad, debía proporcionar seguridad; de lo contrario, nadie le contrataría nunca, lo cual sería lógico, ya que…

Weimer dejó de pensar bruscamente, y bajó la mirada, volviendo la cabeza, hacia donde había dejado el rifle, sobre el banco y junto a él.

Más… ¿qué sucedía? ¡El rifle se había alzado, se estaba moviendo solo, reluciendo tenuemente sus puntos pavonados…! El rifle giró, y todavía estaba Weimer boquiabierto, estupefacto, cuando la culata le acertó de lleno en la frente, con golpe seco, ¡clok! y Weimer pasó de modo fulminante al mundo negro de la inconsciencia. El rifle desapareció hacia atrás, como absorbido por la oscuridad del jardín, y enseguida se oyeron unos leves chasquidos metálicos: el peine de balas fue retirado, y lanzado entre unos arbustos lejanos. El rifle fue depositado en el suelo. Luego, una figura pareció diluirse entre las sombras.

* * *

En el tejado, tendidos lo más cómodamente posible sobre las tejas junto a la bien instalada ametralladora ligera, los llamados Paul y Gaston, miraban hacia las verjas de entrada a la villa. De cuando en cuando, el hombre que estaba al cuidado de ellas, pasaba por delante, desaparecía, volvía a pasar, y desaparecía de nuevo. Era la ronda de los cinco minutos…

—Una putada —dijo Paul, en un susurro, volviendo la cabeza hacia Gaston—. Eso de cada cinco minutos darse una vueltecita, es toda una putada.

Gastón, tendido igualmente boca abajo junto a su compañero, consiguió encoger los hombros, y murmuró:

—Le toca a quien le toca. Anoche te tocó a ti ahí, ¿no?

—Sí. Pero se está mejor aquí arriba. Uno puede estar tumbado, sin tener que dar paseítos, y si quiere ponerse romántico, sólo tiene que darse la vuelta y quedarse mirando las estrellas.

Gastón rió quedamente, y objetó:

—Por mi parte, me pondría romántico si consiguiera llevarme a la cama a la Veruska. ¡Cómo está la chavala…!

—Es verdad. Como un tren. Tiene unos pechos que me los comería incluso sin sal… ¿Tú crees que el señor Pfalz se la trasiega?

—Pues no sé… Desde luego, es un bombón, y si yo tuviese el dinero que, tiene Pfalz te aseguro que me zampaba ese bombón. Pero no sé… A mí me da la impresión de que esa chica es demasiado seria.

—Métela en la cama conmigo y verás cómo pierde la seriedad. Conozco yo unos trabajitos especiales que la harían dar saltos hasta la luna… conmigo encima, ¡claro!

Rieron los dos, muy quedamente. Frente a ellos, algo alejadas, se veían las luces del centro de la ciudad. Estuvieron así unos minutos, cada cual sumido en sus pensamientos… que demostraron no haberse desviado, porque de pronto, Paul musitó:

—Voy a mirar las estrellas y a soñar que le meto un viaje a la Veruska.

—¡Pásamela luego! —rió Gaston.

Paul también rió, siempre quedamente, y giró, quedando boca arriba. Por un instante, todo lo que vio, pálidas, fueron las estrellas. Pero enseguida, inclinada sobre él, muy cerca, vio una ancha sombra negra, y el relucir de dos ojos. Abrió la boca, desorbitó los ojos, intentó incorporarse… y en ese momento algo presionó en su cuello, y Paul se relajó en el acto, emitiendo un suave gemido. A su lado, Gastón volvió la cabeza, sonriendo.

—Muchacho, sí que eres rápido en…

También llegó a ver el relucir de dos ojos, una sombra negra, y captó un gesto veloz y brusco. Un puño que parecía acolchado pasó como una centella entre sus ojos, impactó en su frente con blando chasquido, y la cabeza de Gastón se movió como un punching-ball antes de caer con seco golpe contra el tejado.

La sombra negra se movió, desplazándose en total silencio hacia la ametralladora. El largo cargador fue retirado del depósito, y se esfumó. Unos negros pies se deslizaron hacia la cabinilla de salida al tejado, la puerta fue abierta silenciosamente, y aparecieron las escaleras que descendían hacia el interior de la casa. Abajo no se oía nada.

* * *

Hermann Pfalz terminó de ponerse el pijama, y miró dubitativo el teléfono de su mesita de noche. Luego, miró el reloj que había junto al teléfono. Realmente, era ya muy tarde… Los criados se habían retirado a descansar hacía rato, y él, después de esperar en vano alguna noticia de Nina mientras veía la televisión, había decidido que lo mejor era retirarse, también.

Pero estaba preocupado por Nina. ¿Le habría ocurrido algún accidente? La única explicación que se le ocurría, por el momento, era ésta: un accidente. Quizá en aquellos momentos Nina yacía en el quirófano de algún hospital o clínica, y la policía no tenía ni idea de a quién debían avisar… Pero, la verdad, era que Hermann Pfalz intentaba convencerse a sí mismo de que era esto lo ocurrido, y no

otra cosa que aún podría causarle más preocupación. Sabía que Ferdinand Rochelle no se conformaría a quedarse sin los documentos, y quizá había tenido ideas extrañas y peligrosas sobre el modo de conseguirlos. Peligrosas para Nina, claro…

Moviendo la cabeza, muy preocupado, todavía indeciso, Hermann Pfalz entró en el cuarto de baño anexo a su espacioso dormitorio, y procedió a limpiarse los dientes, mientras contemplaba, sin ver, la imagen en el espejo: un hombre de unos cincuenta años, algo calvo, bronceado, de aspecto más bien agradable, robusto… Ese era él, Hermann Pfalz.

Terminó de limpiarse los dientes, se enjuagó, hizo unas cuantas gárgaras… y cuando bajó la cabeza para echar el agua en el lavabo, volvió a verse en el espejo, de pasada. Pero no estaba solo.

El agua salió fuertemente expulsada de la boca de Pfalz, mientras en su mente parecía explosionar la imagen que había visto en el espejo junto a la suya: una imagen negra, con dos ojos oscuros y relucientes, que era todo lo que permitía ver la negra capucha… Hermann Pfalz lanzó una exclamación, e intentó erguirse, pero algo se apoyó en su nuca, impidiéndoselo; algo que parecía una argolla de acero de mil toneladas de peso. Junto a sus ojos, muy cerca, casi tocándolos, apareció una mano enguantada en negro, tomó el tapón, y lo colocó en el desagüe del lavabo. Luego, aquella mano, que Pfalz no pudo ver, abrió el grifo, y el agua comenzó a caer sobre la nuca de Pfalz y a deslizarse por los lados del cuello, comenzando a llenar el lavabo. Pfalz quiso gritar, pero la mano que tenía en la nuca apretó con más fuerza (¿era esto posible?), y el rostro de Pfalz se hundió en el agua, como incrustándose en el fondo del lavabo. El agua seguía cayendo, y Pfalz inició una resistencia desesperada…

Era muy fuerte todavía, y lo sabía. Reunió toda su energía, intentó erguirse, lanzó golpes con brazos y piernas hacia todos lados, pero en ningún momento tropezó con objetivo alguno. Era como estar acogotado por un fantasma, por un ser incorpóreo… Y mientras tanto, Hermann Pfalz comenzaba a ahogarse, a asfixiarse en el agua que iba llenando completamente el lavabo.

De pronto, y cuando estaba al borde del desvanecimiento, su cabeza fue sacada del agua, Pfalz fue enderezado, y, por entre sus jadeos y estertores, le llegó nítidamente una voz, como de ultratumba:

—Si vuelve a molestar a Jeaninne Frey volveré.

Hermann Pfalz intentó decir algo, hinchado, congestionado el rostro por el principio de asfixia, pero no tuvo oportunidad. La mano apretó más, y perdió el sentido en el acto. La mano se abrió, y Pfalz cayó inerte a los negros pies del visitante…

* * *

Cuando abrió los ojos, vio ante ellos algo brillante. Parpadeó. Aquello era agua. Estaba oyendo rumor de agua… Lanzó una exclamación, se sentó bruscamente, y se encontró en medio de un amplio charco. Por encima de él, el agua continuaba desbordando impetuosamente el lavabo, inundando el cuarto de baño y saliendo hacia el elegante dormitorio.

Pfalz lanzó una exclamación, se puso en pie, resbaló en el agua, y cayó sentado duramente. Lanzó ahora una maldición, volvió a ponerse en pie con más cuidado, cerró el grifo del lavabo, y salió del cuarto de baño, chapoteando, lívido de miedo y de rabia. Todavía le parecía sentir aquel dogal de acero en su cuello…

—¡André! —gritó, llamando a su mayordomo—. ¡André…!

Salió del dormitorio al amplio pasillo del primer piso, sin dejar de gritar desaforadamente, congestionado. En alguna parte de la casa se oyeron voces sobresaltadas; luego, ruido de pies, y la voz del mayordomo… Aparecieron en el descansillo del segundo piso las cabezas de André, su mujer, que era la cocinera de la casa, y la de Annette, la graciosilla doncella de servicio… Pfalz vio los tres rostros asustados, los tres pares de ojos abiertos, mirándole, y bramó:

—¡Sube al tejado a ver qué hacen esos dos! ¡Corre!

—*Oui, monsieur*!

Hermann Pfalz se lanzó escaleras abajo, llegó trompicando al vestíbulo, lo cruzó poco menos que volando hacia su despacho, y entró en éste. Mientras encendía la luz, su mirada iba ya hacia la caja fuerte empotrada detrás de un grupo de libros falsos en la gran librería.

—¡Oh, Dios mío! —gimió.

La caja estaba abierta. Se precipitó hacia ella, metió las manos dentro, y comenzó a sacar cosas… ¡No estaba el sobre con la documentación referente a Kobonia! ¡Ni el dinero! Aquella misma mañana había retirado del Banco doscientos cincuenta mil francos, en hermosos y flamantes billetes de mil… ¡Y no estaban!

Retrocedió, y se dejó caer en su mullido sillón giratorio, sin fuerzas. Las piernas no le sostenían. Se quedó como alucinado, incapaz de reaccionar… hasta que André apareció en el despacho, en pijama. Su rostro estaba blanco, demudado.

—Están… están dormidos, monsieur… Bueno, me parece que… que están sin sentido…

—¡Da la alarma! ¿Qué esperas?

—Ya lo he hecho, monsieur… No funciona.

—¡Ve afuera, avisa a los demás…! ¡Deprisa!

André se apresuró a obedecer. Minutos más tarde, los hombres de vigilancia en la villa de Hermann Pfalz fueron apareciendo, todos

pálidos. Unos no se habían enterado de nada. Otros, casi de nada, salvo su dolorosa experiencia de perder el sentido. No había funcionado ninguno de los mecanismos de alarma, nadie había visto nada útil, nadie sabía nada…

Para entonces, Hermann Pfalz ya había dejado de contemplar, atónito, el dibujo en el papel que había encontrado sobre su escritorio: era una estrella negra de seis puntas, en cuyo centro, como si la estrella fuese un rostro, habían dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados en terrible gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo. Lo que todavía no sabía Hermann Pfalz era que es taba contemplando el emblema de la Kuro Arashi.

Capítulo V

JEANINNE Frey contemplaba, atónita, el sobre que tenía en las manos desde hacía unos segundos. Había sonado la llamada a la puerta del apartamento, había preguntado quien era, le había respondido Jacques Bernard, y, apenas abrirle la puerta, él le había puesto el sobre en las manos… Eran las doce y diez de la noche. Jeaninne, cubierta solamente con su, diminuta camisita de dormir, parecía incapaz de reaccionar, así que Jacques, sonriendo, hizo chascar dos dedos ante su naricita.

—¡Despierta, preciosa!

—¿Eh…? ¡Oh! ¡Oh, lo has conseguido! ¡Jacques, lo has conseguido…! ¡No puedo creerlo!

—Bueno, ábrelo y asegúrate de que todo es cierto. Espero no haberme equivocado de sobre… aunque no había ningún otro de esas características.

Jeaninne rasgó el sobre, y sacó los documentos que contenía. Sólo los miró un segundo, antes de exclamar:

—¡Estos son! ¡Oh, Jacques, parece imposible!

—Pues ya ves. Y además le he birlado a Pfalz un montón de dinero… Como simple advertencia, nada más.

—¿Le has robado dinero? —rió Jeaninne, felicísima.

—Sí. Pero no es para mí, sino para la Kuro Arashi.

—¿La qué…?

—Una organización a la que pertenezco hace tiempo, como otros muchos budokas repartidos en todo el mundo. ¿Sabes lo que quiere decir Kuro Arashi? Significa: Negra Tempestad, en japonés… Una negra tempestad que alcanza, siempre, a aquellas personas que se apartan del camino honesto y de respeto a los derechos del prójimo. Por esta vez, Pfalz ha salido bien librado, pero si insiste en continuar dedicándose a jugadas sucias, será eliminado.

—¿Quién… quién lo mataría?

—Yo mismo. Mi visita ha sido más bien de cortesía, esta vez. La próxima sería fatal para él y sus esbirros.

—Creo que entiendo… ¿Eres el jefe de esa organización, la Kuro Arashi?

—No, no… El jefe es mi maestro de Artes Marciales, un anciano japonés que vive retirado en su casita de campo, en su ryokan. Los budokas que hemos aprendido con él alguna de las muchas disciplinas

que ha estado impartiendo durante más de cincuenta años, lo llamamos Sensei, que significa Maestro… Y lo es. Es todo un maestro, no sólo de Artes Marciales, sino… del arte de la vida, diría yo. Igual que a otros muchos, a mí me enseñó no sólo ciertas… habilidades, sino a convivir con mis semejantes. Supo hacerme comprender el DO.

—¿Qué es el DO?

—Bueno —Jacques se sentó en un sillón, sentó a Jeaninne en sus rodillas, y le acarició el cuello—: DO significa Vía o Camino… en el sentido de comprender cuál es el mejor camino o vía para la vida. Pero en realidad, DO significa muchísimas cosas: comprensión, cortesía, bondad, lo que está bien hecho, lo que está bien encaminado… Tener DO es la máxima aspiración de cualquier budoka… que merezca ese nombre. No sé si me he explicado.

—Creo que sí —sonrió Jeaninne; le besó brevemente en la boca, y se apartó, mirándolo con maliciosa expresión—. ¿Tú tienes DO?

—Creo que sí —frunció el ceño Jacques.

—¿Y te parece que tener DO encaja con robarle dinero a una persona? —rió ella.

—Ya te he dicho que no es para mí. Se lo enviaré a Sensei, y él lo destinará a fines humanitarios, o a cualquier otra cosa que estoy seguro merecería tu aprobación. A veces, Sensei encarga a uno de sus discípulos alguna misión que ocasiona un gasto que el discípulo, el budoka, no puede afrontar; entonces, Sensei le envía todo el dinero que haga falta para llevar a buen término esa misión. Y de alguna parte ha de salir el dinero, ¿no te parece?

—¡O sea! —rió de nuevo Jeaninne—, que algunas personas malas financian con el dinero que vosotros les robáis la… destrucción de otras personas malas.

—Esa es la idea, exactamente. Así que mañana mismo enviaré el dinero de Pfalz a Sensei… y partiré hacia París.

—¡Oh, sí…! ¡Siento tanto que por mi culpa hayas tenido que retrasar ese viaje, Jacques! Por cierto… ¿está relacionado tu viaje con la Kuro Arashi?

—Sí. Hace mucho tiempo, un hombre que aprendió técnicas de Artes Marciales, y que era considerado un compañero por todos los budokas, torció su rumbo. La ambición aniquiló su DO. Desde entonces, se ha dedicado a actividades perniciosas para la humanidad. Sabemos que se ha dedicado al asesinato, al contrabando de drogas, incluso que ha dirigido operaciones de trata de blancas… Desde Japón, Sensei dio la orden de que ese renegado fuese eliminado, y me eligió a mí como director del grupo que le busca en Francia. Cuando tu y yo nos conocimos, iba a París, porque uno de mis compañeros me había avisado de que ese renegado, esa vergüenza del Budo, está en

París. Así que, ya solucionado tú pequeño problema, tengo que ir a París cuanto antes.

—Sí, lo comprendo… ¿Quién es ese hombre?

—Su nombre es Edouard Laverne. Pero no le llames hombre: dejó de serlo, en el sentido estricto de la palabra. Es una mala bestia.

—Eso quiere decir… que debe ser… peligroso, Jacques.

—Sí —endureció el gesto Bernard—. Lo es. No en vano fue un aprovechado alumno de Artes Marciales.

—Entonces… ¡podría matarte!

—Quizá. Pero si Sensei me eligió a mí para eliminar a Laverne, sería por algo, ¿no te parece? Laverne sabe muchas cosas, es peligrosísimo… pero yo no soy precisamente un angelito ingenuo: puedo aparecer junto a él y cortarle la cabeza antes de que se dé cuenta.

—¿Cor… cortarle… la cabeza? —respingó Jeaninne.

—Tengo que marcharme —susurró Jacques.

—¡Marcharte! ¡Pero si hasta mañana no sales hacia París…! Yo creí… que te quedarías conmigo…

—Tengo algo que hacer —susurró Jacques, acariciando los erguidos senos por encima de la transparente tela de la camisita—. Me gustaría quedarme, pero no me gustaría, en cambio, que otra persona muriese asfixiada a cambio de una noche de sofá… Te llamaré desde París cuando haya terminado mi cometido, allí ¿Estarás aquí, o en tu casa de Niza? Por cierto, todavía no sé dónde está tu casa en…

—Te estaré esperando aquí —susurró Jeaninne—. Llamaré a papá, por teléfono, para que envíe a alguien a buscar los documentos; le daré explicaciones… y no me moveré de aquí hasta que regreses. Llama cuando quieras: aquí estaré, mi amor.

Jeaninne musitó las últimas palabras con su boca ya casi tocando la de Jacques Bernard… Fue un beso larguísimo, envuelto en caricias que comenzaron a poner en el pecho de Jeaninne un suave jadeo… Jacques se puso en pie, de pronto, sosteniéndola en brazos; la depositó en el suelo, le besó la punta de la nariz, y sonrió.

—Los budokas somos duros de pelar, pero no somos de piedra, así que será mejor qué me marche ahora mismo… o algo iba a suceder aquí.

—No seas tonto —suspiró ella—. Quédate, y amémonos… ¡Lo deseo tanto!

Jacques Bernard se pasó la lengua por los labios. La imagen de Nina Veruska, atada de pies y manos y amordazada, pasó por su mente, veloz. ¿Y si la muchacha se ponía nerviosa, y perdía el ritmo de la respiración, y se asfixiaba, o le sobrevenía un colapso, o…?

Volvió a besar a Jeaninne, dio media vuelta, y abandonó el

apartamento del boulevard Víctor Hugo.

* * *

Ahora haría las cosas a la inversa.

Cuando marchó del chalet que había elegido como base, había ido con el coche de Nina Veruska hasta donde había dejado el suyo, antes, y de él tomó el maletín en el que llevaba sus negras ropas y otros pequeños trucos que ni siquiera había tenido necesidad de utilizar.

Ahora, de vuelta al chalet, llegaría a éste con el coche de la preciosa rubia, la dejaría marcharse, y luego, a pie, él iría adonde había dejado su coche escondido, subiría a él, y, considerando que a aquella hora era poco probable que pudiese encontrar ningún medio de transporte adecuado hasta París, regresaría a su casa de Basse Corniche. Y por la mañana, tras haberse puesto en contacto con Togo Arita, tomaría un avión. A menos que Arita insistiera en que llegase a la estación de Austerlitz. ¿Por qué le habría pedido que llegase precisamente por aquella estación? Era tan extraño…

Cuando llegó ante el pequeño chalet, ya había decidido, una vez más, que no tenía por qué complicarse la vida: Arita le daría las explicaciones oportunas. Lo único que le preocupaba en aquel momento era que, mientras él había estado ayudando a Jeaninne en Niza, Edouard Laverne no se hubiese marchado de París… o que, si lo había intentado, y Arita había intentado impedirlo, el buen Arita hubiese sufrido algún percance. No era fácil perjudicar a Arita, pero todos los informes sobre Laverne indicaban, bien claramente, que jamás jugaba limpio…

Se quedó mirando el chalet, que estaba a oscuras, como él lo había dejado. Mientras se apeaba del coche, sonriendo al pensar en el miedo que sin duda estaba pasando la linda Veruska, miraba alrededor, por si alguien estaba por allí, algún vecino, y se daba cuenta de que había movimiento en una casa cuyos ocupantes estaban de vacaciones… Le pareció ver las luces de un coche, y quedó inmóvil, atento… Sí, era un coche. Pero fue más hacia otro chalet, las luces se apagaron, y eso fue todo.

Recogió su maletín, fue hacia la casa, y entró. Encendió la luz, y fue hacia el saloncito, lo cruzó, y llegó al dormitorio. Tendida en la cama, ya recobrado el conocimiento, Nina Veruska le miró con los ojos muy abiertos. Jacques Bernard, que aunque ahora vestía correctamente, se había puesto de nuevo la barba postiza y la greñuda cabellera, se sentó en el borde del lecho, retiró la mordaza de la muchacha, y le sonrió amablemente.

—¿Se encuentra bien? —se interesó.

Ella aspiró hondo por la boca, muy abierta, y no contestó. Jacques

deshizo los nudos de las cuerdas, le dio una palmadita en una rodilla, y volvió a sonreír.

—Afuera tiene su coche. Perdóneme si le he ocasionado algún trauma terrible.

—¿Qué… qué ha pasado? —jadeó ella.

—Nada que deba preocuparla a usted demasiado. ¿Vive usted en la casa de Pfalz, o tiene domicilio propio?

—Vivo allí… ¿Por qué tengo que gastar dinero en un alquiler si la casa es grande y confortable?

—Me parece bien. A mí me gustan las chicas ahorradoras. Por curiosidad: ¿se acuesta usted con su jefe?

—¡Eso no le importa a usted!

Bernard frunció el ceño, y estuvo unos segundos pensativo. Por fin, murmuró:

—Le voy a contar una cosa muy curiosa que me ha ocurrido esta noche… En todo momento, mientras estaba haciendo cosas que yo calificaría de peligrosas, sólo tenía una preocupación: usted. No ha habido forma de que dejase de acordarme de sus hermosos ojos. Incluso los he estado recordando en una situación en la que cualquiera los habría olvidado. Podría haberme quedado en agradable compañía, pero me las he arreglado para venir a asegurarme de que estaba bien.

Nina Veruska, que le contemplaba atónita, murmuró:

—¿Qué quiere decir con todo eso?

—No lo sé — murmuró también Jacques—. Sólo sé que me gustaría conocerla más a fondo… y que siento una especie de disgusto cuando pienso que quizá aquellos tipos del tejado tenían razón, y que a usted se la trasiega su jefe.

—No me gustan las groserías, Ninja.

—No es una palabra mía —se disculpó él—. Bien, ya veo que no quiere contestar a mí pregunta, señorita Veruska. Puede marcharse.

—¿No va a… a hacerme nada?

—¿Qué cosa, por ejemplo? —alzó las cejas el barbudo.

—Bueno… No sé… ¿De verdad puedo marcharme?

—Cuando usted guste. Seguramente, encontrará a su jefe y a sus empleados un tanto… alterados. Me atrevo a sugerirle que no le diga usted a Pfalz que ha facilitado planos de la casa; el jardín, y otros detalles, a un desconocido: se enfadarían mucho.

—¿Qué es lo que ha hecho usted?

Jacques encogió los hombros, tomó de un brazo a la muchacha, y la ayudó a ponerse en pie. Ella dio unos pasos, alejándose de la cama, y comprobó que, pese a que las ligaduras habían cumplido su misión de mantenerla inmovilizada, no la habían dañado, ni habían dificultado la circulación de la sangre. Sólo quedaban unas leves

marcas, que seguramente habrían, desaparecido por la mañana.

De pronto, Nina miró fijamente a Jacques.

—¿No puedo saber, quién es usted? —preguntó.

—Mejor que no. Mejor para mí, se entiende. Su bolso está en la salita.

Salieron los dos del dormitorio… Nina Veruska recogió su bolso, tomó las llaves del coche, que Jacques le tendió, y se encaminó hacia la puerta. Todavía se volvió a mirar al barbudo, que la contemplaba con extraña fijeza. Estuvieron mirándose unos segundos, hasta que Nina dio bruscamente media vuelta, y continuó hacia la puerta. Jacques Bernard oyó abrirse ésta y luego cerrarse con suave chasquido. Se acercó a una ventana de la salita y vio a Nina Veruska meterse en el coche. El motor zumbó. Segundos después, el coche se había perdido de vista en dirección a Niza…

Agazapados en la oscuridad, los seis hombres vieron perfectamente a Nina Veruska salir del chalet, meterse en el coche, y partir. El coche pasó muy cerca de ellos, y hasta pudieron ver el perfil de la muchacha, sentada ante el volante.

—¿No deberíamos haberla cazado también a ella? —susurró uno de los hombres.

—¿Para qué? —dijo el más alto del grupo—. Ya vamos a tener trabajo más que suficiente con Bernard. La chica no nos interesa en lo más mínimo. ¡Y mucho cuidado con Bernard!

El que así hablaba, y que evidentemente dirigía el grupo, era un hombre de más de metro ochenta, anchos hombros, cabeza redonda provista de cortos cabellos tiesos como un cepillo, y gran barbilla sólida, agresiva. Sus ojos eran diminutos, pero su boca era grande, de labios delgados, que se apretaban en una mueca hostil.

—¿Realmente es tan peligroso? —preguntó otro del grupo.

—Lo es —aseguró el del cabello cortado a cepillo—. No sólo es cinturón negro de karate y judo, sino que está especializado en la técnica del Nin-Jutsu.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que nada de lo que haga es previsible. Lo mismo puede volar, que convertirse en invisible, o…

—¡Vamos…! —rió otro del grupo—. ¡No exageres!

—Sé muy bien lo que me digo —gruñó el del cabello cortado a cepillo—. Así que vosotros haréis estrictamente todo lo que yo os diga. Si él sale de esa casa para irse a la suya, lo atacaremos, porque de ninguna manera me metería yo en su terreno, cosa que ya podría haber hecho… De eso, ni hablar: igual te encuentras metido en un saco, que colgado, de pronto, en un árbol, cabeza abajo, o metido en un pozo… ¡Ni hablar de eso! —se estremeció visiblemente—. De modo

que si sale, lo atacaremos. Si no sale, que se dispone a pasar la noche ahí, esperaremos a que se duerma… ¡Me gustaría cazarlo vivo, ya lo sabéis!

—Por lo que cuentas —rió otro—, sería lo mismo que cazar vivo a un tigre y tenerlo como invitado en casa.

—No os lo toméis a broma, o lo pagaréis caro. Si ese sujeto…

—Ha apagado la luz —le interrumpió uno del grupo.

—¡Bien! Atentos ahora… O sale enseguida, o se acuesta y se duerme en pocos minutos. Lo lógico sería que saliese, ya que no va a seguir ahí después de haber dejado marchar a la Veruska, pero… ya os digo que no es previsible lo que él haga.

Y era cierto.

Cinco minutos más tarde, nadie había salido de la casa. Ni diez minutos más tarde. Ni quince.

—Ese se ha dormido —susurró alguien.

—O se ha largado —dijo otro.

—Imposible —negó un tercero—. Los demás están vigilando alrededor de la casa. Y son cuatro. Alguno de ellos le habría visto, si hubiese salido por una ventana, por ejemplo. Tiene que estar ahí dentro. Y dormido.

Los cinco que, con el del cabello cortado a cepillo, vigilaban la parte delantera de la casa, miraron a aquél.

—Esperaremos todavía un poco —susurró.

Quince minutos más tarde, todo seguía igual. Desde Niza llegaba el resplandor del alumbrado. En el mar se veían puntos rojos. En el cielo, miles de estrellas. El fresco, que al principio les había parecido agradable, comenzó a resultar un tanto molesto.

—De acuerdo —dijo, de pronto, el del cabello cortado a cepillo—. Vosotros dos, id uno por cada lado, para avisar a los otros cuatro que vamos a estrechar el cerco dentro de cinco minutos. Y ya sabéis: seis entraremos, y los otros cuatro formarán un cerco alrededor de la casa… Lo prefiero vivo, pero si os pareciera que va a escapar, ya sabéis: tirad a matar.

—¡Qué barbaridad! —refunfuñó uno—. ¡Ni que fuésemos a cazar a un fantasma! Es sólo un hombre, ¿no?

—NO.

Hubo alguna sonrisita irónica. El grupo se puso en movimiento. Dos corrieron para rodear la casa, uno por cada lado, y pasar las instrucciones a los cuatro que permanecían ocultos. El del cabello cortado a cepillo y los otros tres esperaron cinco minutos, y luego comenzaron a acercarse a la casa.

Llegaron al porche y uno de ellos introdujo en la cerradura de la puerta una ganzúa, con la que, en pocos segundos, consiguió su

objetivo, silenciosamente. Empujó la puerta, que cedió sin un solo ruido. En un instante, los cuatro hombres entraron en la casa. Los otros dos aparecieron en el porche, y se colaron también, en el interior. Por la ventana que daba al porche, y desde la salita, en la que también había un amplio ventanal, entraba el resplandor de afuera, iluminando a los seis hombres que parecían sombras.

—Dos quedaros aquí —susurró el jefe del grupo—. Los otros vamos a los dorm…

Una sombra se desprendió del techo.

Sí. Del techo.

Como un gigantesco murciélago, la sombra cayó de lleno sobre el grupo, provocando no ya respingos, sino alaridos de auténtico espanto y sobresalto. En la penumbra relucieron las pistolas, pero el primero en sacarla pareció alzado del suelo por una fuerza invisible, y salió ferozmente disparado contra la pared, donde se estrelló de cabeza, haciendo retemblar toda la casa,

—¡La madre que…! —jadeó otro.

—¡No disparéis!, ¡Podríamos matarnos entre nosot… Uaaah!

Otra figura había salido disparada, ahora hacia el techo. Acto seguido, se oyó el crujir de una mandíbula y, casi simultáneamente, otro alarido de dolor, y un hombre se separó del grupo de sombras, con las manos en el bajo vientre, y cayó de cara… Se oían golpes, jadeos… Las pistolas zumbaban en al aire aplicando golpes terribles contra el fantasma, negro que había caído del techo. Las sombras luchaban confusamente entre sí. De pronto, uno de los hombres se apartó del grupo, encendió la luz… y vio a sus compañeros zurrándose unos a otros.

—¡Quietos! —aulló—. ¡Quietos, idiotas! ¡El tipo se ha largado!

Con las pistolas en alto listas para propinar más golpes, los tres que quedaban en pie en el centro del pequeño vestíbulo, se miraron unos a otros, desorbitados los ojos.

—¿Dónde está? —jadeó uno.

—¡No ha salido de la casa! ¡Tiene que estar dentro! —gruñó el del cabello cortado a cepillo—. ¡Nos estaba esperando, el muy…! ¡Buscadlo en la casa y tirad a matar!

Se lanzaron todos hacia el interior de la casa. Apenas habían entrado a trompicones en la salita, cuando oyeron el fuerte batir de la puerta del vestíbulo. Se detuvieron en seco, y se miraron con gesto de incredulidad, de pasmo total.

—Pe… pero… —comenzó a tartamudear uno, saltones los ojos.

El desconcierto comenzaba a convertirse en espanto. ¿Cómo podía haber salido de la casa, si no lo habían visto en el vestíbulo, y ellos habían ido desde el vestíbulo hacia dentro? ¿Y de dónde había caído?

¿Realmente del techo?

—¡Salgamos! ¡Hay que cazarle!

Corrieron hacia la puerta, salieron, y llamaron a gritos a los cuatro que habían quedado vigilando afuera.

—¿Hacia dónde ha ido? —gritó el jefe del grupo.

—¿Quién? —apareció uno de sus compañeros del exterior.

—¡El tipo que ha salido ahora mismo de la casa, el que…!

—Nadie ha salido —se desconcertó el otro.

—¡Imbécil, claro que ha salido!

—El imbécil lo será tu padre: nadie ha salido de la casa.

—¡La madre que lo parió…! ¡Volvamos a mirar dentro! ¡Vosotros cuatro, continuad aquí fuera!

Preparadas las pistolas, los cinco sujetos regresaron a la casa. En el suelo yacía su compañero cuya mandíbula había sido rota por un golpe, todavía sin sentido.

—Encended todas las luces. ¡Hay que cazarlo!

—Pero él nos verá también, y puede disparar…

—¡No lleva armas! ¡Ellos nunca llevan armas de fuego! ¡Encended todas las luces!

Las luces de toda la casa fueron encendidas, las habitaciones registradas; los armarios fueron acribillados a balazos, pero en ninguno de ellos, al abrirlo luego, apareció cadáver alguno. Todo fue registrado y revisado, pero el personaje buscado no apareció por parte alguna.

—El tejado —dijo, de pronto, el jefe del grupo—. ¡Tiene que estar en el tejado!

—¿Y cómo habría podido subir? —rechazó otro—. No hay salida desde dentro de la casa, así que tendría que haber subido desde afuera, escalando la pared… ¡Ya está bien de tonterías!

—¡Vamos a mirar el tejado! —ordenó el jefe—. ¡Preparad las linternas!

Salieron a toda prisa de la casa… pero lo primero que vieron fue a su compañero que vigilaba la puerta, tendido en el suelo. Corrieron hacia él, y lo incorporaron. Dos tremendos bofetones le hicieron reaccionar vivamente, lanzando maldiciones… Miró al del cabello cortado a cepillo, que le contemplaba furiosamente, y musitó:

—¿Qué ha pasado?

—Tú sabrás, que estabas aquí vigilando. ¿Por dónde apareció?

—¿Quién?

—¡El tipo ese Bernard! Te atacó, ¿no es así?

—No… Nadie me atacó. No vi a nadie, no sé qué me ha ocurrido… Espera… Sí, recuerdo que estaba mirando hacia la casa, y de pronto

sentí… como un zumbido en los oídos, dentro de la cabeza… No recuerdo nada más.

—Este se ha desmayado de miedo —gruñó uno.

El jefe del grupo movió la cabeza.

—No —rechinaron sus dientes—. No se ha desmayado. Ha sido privado del conocimiento por medio del Kiai silencioso. Ya es inútil que busquemos a Bernard: ahora sí que se ha largado. Id a buscar a los otros.

—¿Qué es eso de Kiai silencioso? —gruñó otro—. ¿De qué demonios estás hablando?

—El Kiai es una explosión de toda nuestra energía interior, que podemos orientar contra nuestro enemigo, o hacia determinado objetivo que requiere un esfuerzo físico. Cuando hemos conseguido perfeccionar el Kiai, significa que hemos perfeccionado nuestra capacidad de reunir toda nuestra verdadera energía, y esa energía la disparamos contra nuestro enemigo, por medio del Kiai, que es un grito que brota directamente del vientre, y que es capaz de paralizar de miedo al enemigo…

—¡Pero no hemos oído ningún grito!

—Ya he dicho que Bernard ha utilizado el Kiai silencioso, Grow ha recibido la onda de su energía, y ha caído sin sentido, sin tener ni idea de lo que le ocurría.

—¡Eso es imposible! ¡Un grito silencioso…! ¡Bah!

El sujeto de los cabellos cortados a cepillo miró torvamente a su despectivo compañero, pero optó por no insistir. ¿Qué sabían aquellos desgraciados de lo que un hombre bien entrenado, física y mentalmente, podía conseguir? No tenían ni idea. No sabían nada de nada… En cambio, él, sabía ya perfectamente que, a pesar de todas las precauciones, de lo bien que había funcionado todo, de lo cerrado de la trampa… Jacques Bernard el Ninja había escapado…

Lejos de allí, Jacques Bernard detuvo su rítmica carrera, se quitó de manos y rodillas las ventosas de caucho de gran poder de succión, y luego el mono negro que lo cubría completamente excepto una abertura para los ojos. Continuó alejándose tranquilamente, recobrando el ritmo respiratorio, que apenas había perdido. El mono, de fino tejido negro opaco, era tan ligero que una vez doblado le cupo en un bolsillo. Había, tenido que dejar en la casa su maletín con el resto del equipo, pero tenía la esperanza de que no lo viesen, y, aunque así fuese, probablemente no le harían caso…

"De todos modos, tendré que volver a buscarlo", se dijo.

Llegó adonde había dejado su coche sin haberse cruzado con nadie, cosa normal a aquella tardía hora, nocturna. Se puso al volante, y ya iba a dar el encendido cuando quedó pensativo, absorto.

¿Qué había ocurrido? ¿De dónde habían salido aquellos hombres? ¿Cómo era, posible que le hubiesen estado esperando? Después de dejar marchar a Nina Veruska, había estado mirando hacia el exterior, y le había parecido observar cierto movimiento, que le puso sobre aviso.

Pero… ¿quiénes eran aquellos hombres, de dónde habían salido? Si eran amigos de Nina Veruska, y la habían encontrado (aunque no podía imaginarse cómo podrían haberlo conseguido), ¿no habría sido más lógico esperarle dentro de la casa, cerrando así una trampa que, sin duda, habría resultado mortal?

—Si no estaban dentro, era que no sabían dónde estaba ella —reflexionó—. Entonces… ¿me habían seguido a mí? Sí, eso parece lo razonable. No les interesaba Nina Veruska, pero yo sí. Y si me siguieron sólo pudieron hacerlo desde…

Palideció.

Si le habían localizado a él, fueran quienes fuesen, sólo podían haberlo conseguido vigilando a Jeaninne. Quizá sabían que la muchacha tenía un apartamento, habían ido allá y le habían visto salir, a él, del edificio. Pero, ¿acaso le conocían? ¿Por qué seguirlo precisamente a él, que podía ser un vecino cualquiera del edificio donde Jeaninne tenía su apartamento? Y por otra parte, ¿tan rápida había sido la reacción de Hermann Pfalz?

—No entiendo nada —dijo en voz alta—. ¡No lo entiendo!

Puso en marcha el coche y partió hacia el apartamento de Jeaninne Frey.

Capítulo VI

JEANINNE no estaba en su apartamento.

Jacques había entrado utilizando sus propios medios, tras haber estado llamando en vano… Ahora, pálido, de pie en el centro de la salita, se sentía como congelado. Ella le había dicho que estaría todo el tiempo allí, esperando su llamada. Y no estaba. Por lo demás, todo seguía igual: no faltaba nada en el apartamento. Había ropa en el armario, y todo parecía indicar que si Jeaninne se había marchado, no era definitivamente. Pero ella había dicho que llamaría a su padre para que enviase a alguien a por el sobre, y que ella no se movería de allí.

—Se la han llevado —musitó, con voz tensa.

¿Y si ella había decidido ir a su casa, para entregarle personalmente el sobre a su padre? Podía haberlo hecho así, y volver luego, para esperar la llamada de él. Sí, eso debía ser…

Jacques Bernard se sentó en uno de los sillones de la salita, y se dispuso a esperar.

A las tres de la mañana, se dijo que era absurdo seguir esperando. Tomó el listín telefónico, para llamar a la casa de Jeaninne, pero se encontró nada menos que con diecisiete Frey en el directorio. Y las tres de la mañana era una hora harto inconveniente para ir llamando a diecisiete teléfonos preguntando por Jeaninne. Sin embargo, comenzó a hacerlo. En los dos primeros teléfonos, tras asegurarle que allí no vivía ninguna Jeaninne, le enviaron furiosamente a la mierda. En el tercer teléfono al que llamó, nadie contestó. En el cuarto, volvieron a enviarlo a la mierda. En el quinto y sexto, no hubo respuesta… Ya eran tres que no contestaban… Tres incógnitas.

Abandonó su molesta actividad, salió del apartamento, y, segundos después, circulaba en su coche hacia Basse Corniche. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando entraba por el sendero de su pequeña pero confortable y hermosa villa, desde cuyos jardines se veía el mar, manchado de luz lunar. Dejó el coche ante la puerta, entró en la casa, encendió las luces, y se dirigió hacia el despacho. Había decidido continuar llamando por teléfono, por muchas veces que lo enviaran de paseo hacia zonas de excrementos. Y en aquellos teléfonos que no le contestasen, giraría acto seguido una visita.

Se sentó ante la mesa, y comenzó a marcar el primer número. Si no localizaba a Jeaninne de ninguna manera, iría a la quinta de Hermann Pfalz… Y esta vez, le verían muy bien. ¡Vaya si le verían! Se proveería

de equipo de repuesto, y les demostraría que, de verdad, tenía más mala leche que un camello…

Estaba colgando después de haber sido enviado al maloliente lugar de nuevo, cuando miró hacia la puerta del despacho, y, de pronto, sonrió. Segundos después, en el umbral aparecía Alex, su único criado, y fiel amigo, empuñando una pistola, pero no muy seguro de sí mismo. Al verlo, el buen Alex suspiró aliviado.

—¡Ah, es usted, señor…! ¡Vaya susto me he llevado!

—Todo está bien —aseguró Jacques—. Vuelve a la cama.

—Sí, señor… Creía que el señor estaba en París.

—Pues ya ves que no.

—¿Ocurre algo malo, señor?

—Va a ocurrir —masculló Jacques—. Pero tú tranquilo. Buenas noches, Alex.

—Buenas noches, señor… ¡Ah!, llegó esta tarde un telegrama para usted. De París.

Alex señalaba precisamente hacia la mesa. Jacques bajó la mirada, vio el telegrama, y lo abrió. Era de Togo Arita, su compañero budoka. El texto que le enviaba Arita era el siguiente:

"DIME A QUIEN DEBO CONTROLAR Y CUANDO VIENES A PARÍS.

Togo."

Jacques Bernard quedó atónito un instante. ¿Cómo que a quién debía controlar?, ¡A Laverne, naturalmente…! De pronto, palideció. Cuando se dio cuenta, Alex estaba frente a él, mirándolo preocupado.

—¿Se encuentra mal, señor?

Jacques movió negativamente la cabeza, se pasó la lengua por los labios, y volvió a utilizar el teléfono. Estaba seguro, de que al menos Arita no lo enviaría a la mierda…

—¿…?

—Togo, soy Jacques. Siento despertarte.

—…

—Arigato. Bien, naturalmente, en mi telegrama me refería a Edouard Laverne.

—…

—¿Cómo que si está en París? —gruñó Jacques—. Así debe ser, puesto que tú me informabas de ello en tu telegrama.

—¿…?

—¿Qué telegrama? ¡El que me enviaste!

—…

—¿No? Está bien. Perdona la molestia, Togo. DO.

—¿…?

—No… No necesito ayuda. ¡Adiós, Togo! Volveré a llamarte pronto. ¡Adiós!

Colgó, lentamente. Estaba más pálido que antes. Alex le miraba cada vez más preocupado, inquieto por el aspecto de su patrón, al que quería profundamente.

—¿Qué ocurre, señor?

—Mi amigo Togo Arita no me envió el telegrama anterior, Alex. Eso es lo que ocurre. Y ocurren otras cosas que no comprendo…

Llevó de nuevo la mano hacia el teléfono, pero la retiró, lentamente. No, no iba a llamar a Pfalz para amenazarlo si le hacía daño a Jeaninne, porque, de pronto, esto le pareció absurdo. Poco a poco la palidez de Jacques Bernard fue siendo sustituida por un sonrojo denso, de furia. Cerró los ojos, aspiró profundamente, y permaneció así unos segundos.

Muy bien: él iba a seguir aquel extraño juego.

* * *

Nina Veruska detuvo el coche delante de la agencia inmobiliaria sita en la rué Massena, le echó un vistazo dubitativo, y finalmente, se decidió. Salió del coche, pasó a la acera, y apenas había dado tres o cuatro pasos por ésta, apareció el sujeto, que se colocó ante ella sonriendo ceñudamente.

Nina lo miró y frunció el ceño, pese a que el tipo era en verdad atractivo, elegante, de gran impacto viril… Sí, era todo un tipazo, pero Nina Veruska no estaba precisamente de buen humor.

—¿Me permite? —pidió secamente.

—¡Buenos días, señorita Veruska! —saludó el sujeto—. Qué espléndida mañana de verano, ¿no le parece?

La preciosa rubia quedó boquiabierta unos segundos. Luego, enrojeció bruscamente.

—¡Ninja! —exclamó.

—Sssst —se llevó un dedo a los labios, Jacques Bernard—. Ya ve: de nuevo la he seguido. Me ha parecido que podíamos conferenciar amistosamente, antes de que las cosas se pongan demasiado mal. ¿Ha desayunado ya?

—¡He desayunado! ¡Y le advierto…!

—Entonces la invitaré a almorzar. Bueno, como usted ha ocupado con su coche la única plaza que había libre, podemos dejarlo aquí y dar un paseo con el mío. ¿Le parece bien?

—No pienso dejar aquí mi coche, lleno de maletas. ¡En cuanto a…!

—¿Maletas? ¿Qué ocurre? ¡No me diga que ha decidido no vivir bajo el mismo techo que Pfalz! —miró hacía la agencia inmobiliaria, y la señaló—. ¿De verdad ha venido a alquilar un apartamento?

—No tengo más remedio: me han despedido de mi trabajo.

—Vaya, lo siento. Es decir, me alegro. Ya tiene usted nuevo empleo, señorita Veruska. Y aunque mi villa no es tan grande ni fastuosa como la de Pfalz, se encontrará a gusto allí. La ayudaré a pasar sus maletas a mí coche.

—¡No pienso…!

—Vamos, sea razonable: No querrá que demos un escándalo en medio de la calle, ¿verdad? Llevemos sus cosas a mí coche, que está mal aparcado ahí detrás, y demos un paseo. Por favor.

Nina Veruska vaciló. De pronto, asintió. Entre los dos, llevaron el equipaje de la muchacha al coche de Jacques, se acomodaron luego en el asiento delantero, y Jacques puso el coche en marcha.

—Daremos un agradable paseo por la Promenade des Anglais, Quai des Etats Unis, Quai Rauba Capeu… ¿Le gustaría subir al Castillo?

—Escuche —murmuró la muchacha—, no sé si usted es un loco o un cínico canalla… ¡Anoche fue a robar a la casa del señor Pfalz! ¡Y no me diga que no fue usted!

—Fui yo —asintió Jacques, amablemente.

—¡Pues por su culpa me han despedido! Cuando llegué allí, no pude ocultarle la verdad al señor Pfalz, y me ha despedido, incluso estuvo a punto de llamar a la policía, para que me detuviesen acusada de complicidad con usted.

—El señor Pfalz es muy desconsiderado.

—¿Eso piensa? ¡Pues yo creo que ha sido demasiado amable al permitirme pasar la noche allí, después de saber que mis informes sirvieron para que usted le robase!

—No robé, en el sentido exacto de la palabra: recuperé algo que no era del señor Pfalz.

—¡No diga tonterías! ¡Se llevó documentos… y más de doscientos mil francos! ¿Eso no es robar? ¡Y no me diga que, antes, el señor Pfalz le había robado nada a usted, porque no lo creeré! ¡El señor Pfalz es un caballero!

—Eso me estoy temiendo —murmuró Jacques—. ¿Conoce usted a una muchacha llamada Jeaninne Frey?

—¿Frey? No… No.

—Entonces… ¿no había ninguna chica en la casa del señor Pfalz cuando usted regresó anoche?

—Claro que no… ¿Quién había de haber? Sólo estaban los empleados y criados del señor Pfalz… ¡Y todos muy furiosos!

—Tenían motivos —sonrió acremente Jacques—. Dígame, Nina: ¿le dijo el señor Pfalz lo que le robaron anoche?

—Ya se lo he dicho: más de doscientos mil francos, y unos documentos muy importantes. El señor Pfalz aseguró que sólo podía ser obra de Ferdinand Rochelle… ¿Trabaja usted para Rochelle?

—No sé siquiera quién es Rochelle.

—¡Claro que tiene que saberlo, porque sólo Rochelle podía saber que el señor Pfalz tenía ésos documentos! Usted debe ser un sujeto muy peligroso, un aventurero muy hábil que… ¿Jeaninne Frey? —casi gritó de pronto Nina—. ¿Cómo es esa chica?

—¿Jeaninne? Pues… es casi tan bonita como usted, ojos azules, larga cabellera negra, un cuerpo precioso, labios…

—¡Santo cielo! ¡Usted está describiendo a Jeaninne Rochelle!

—¿De veras? —mascculló Jacques.

—¿Está seguro de que se apellida Frey?

—Pues vaya a: preguntarle, haga uso de su mala leche de…

—Ha desaparecido. Creí… Sí, hubo momentos en que creí que Pfalz la había secuestrado. Hasta que hablé con Arita. A partir de entonces, comprendí que Jeaninne me había tomado el pelo. ¡A mí…!

—Le advierto que no entiendo nada.

—Pues se lo explicaré —gruñó Jacques—, y, entre los dos, seguramente sacaremos algo en limpio. Verá, anteanoche, yo tomé el tren hacia París, y…

Cuando terminó la explicación, el coche estaba aparcado al pie del castillo, y, desde éste, a pleno sol, Jacques Bernard y Nina Veruska contemplaban el mar intensamente azul, salpicado de pequeñas embarcaciones de blancas velas.

Nina movió la cabeza, y murmuró:

—Es evidente que Jeaninne le engañó a usted, Ninja.

—Llámeme Jacques… Jacques Bernard —gruñó éste—. Sí, es evidente, desde luego. Cómo es evidente que Edouard Laverne no está en París… Tiene que estar en Niza.

—¿Por qué supone eso?

—Parece claro, que Laverne tiene una notoria ventaja sobre mí: me conoce, y yo, en cambio, no le conozco a él. La cosa está clara, según pienso ahora. Laverne, que se ha convertido en un canalla, está trabajando para Ferdinand Rochelle, el cual, bien claro está, quería robarle esos documentos al señor Pfalz. Es obvio que debió encargar de ello a Laverne, pero éste, que es un zorro, decidió que otro corriese los riesgos: Laverne tiene que saber que la Kuro Arashi le está buscando, y que yo he sido nombrado su ejecutor. Sabe dónde vivo, pero no se ha atrevido a atacarme… Me tiene miedo. Pero, de pronto, ve la ocasión de eliminarme… Sí, es un zorro astuto. En lugar de

arriesgarse él, y algunos tipos como él, intentando un asalto ordinario a la quinta del señor Pfalz, me utiliza a mí. Me hace enviar un telegrama desde París, firmado con el nombre de mi compañero Arita, y dándome a entender claramente que debo ir en tren. Así, en el tren, Jeaninne monta toda la comedia, y yo, como un bobo, le hago el juego. Ni existía el tal Pierre, ni nadie le robó nada… Eso sí, le dieron unos cuantos golpecitos y le rompieron el vestido para que yo lo encontrase todo natural, verídico. Así que le robo el sobre al señor Pfalz, se lo entregó a Jeaninne; y ésta desaparece. Mientras tanto, Laverne y otros me esperan frente a su apartamento, me siguen hasta el chalet donde estuvo usted, y, como ya he cumplido mi cometido, deciden que ha llegado el momento de matarme. Ya no sirvo de nada.

—Pero… ¿por qué utilizarlo a usted?

Jacques Bernard miró de reojo a Nina:

—Porque Laverne sabe perfectamente que yo no podía fracasar. Así como yo sé muchas cosas de él, está claro que él sabe muy bien que mi especialidad es el Nin-Jutsu… es decir, la técnica del espionaje. Laverne tiene que saber muy bien que yo entro y salgo cuando quiero y como quiero, de donde quiero.

—Pero… ¿cómo consigue usted eso?

—Cuestión de habilidad y de entrenamiento. ¿Alguna vez ha estado usted colgada del techo por medio de ventosas?

—¡Claro que no!

—Es emocionante —sonrió torcidamente Jacques—. Pero eso no es nada, comparado con otras cosas. ¡Y Ferdinand Rochelle se va a enterar bien de esas cosas, en cuanto consiga localizarlo! Buscaremos en un listín telef…

—¿A Rochelle? ¡Oh, pero si yo sé dónde vive él, claro!

—No me diga —masculló Jacques—. ¡Y, hasta ahora, lo ha tenido callado!

—Usted no me lo ha preguntado.

Jacques Bernard frunció el ceño. Luego, aspiró hondo y sonrió.

—¿Dónde vive Rochelle? —preguntó amablemente.

—En Marsella.

—En Marsella… Bueno, Nina: ¿le gustaría almorzar en mi compañía una estupenda sopa bullabesa, auténtica?

—¡Oh, sí! —sonrió la muchacha, de pronto—. Pero no es necesario que vayamos a Marsella para eso, señor Bernard. En Niza…

—Querida, usted no entiende: a mí, la sopa bullabesa me importa un pimiento. Pero ya que vamos a ir a Marsella a recuperar esos documentos, aprovecharemos para almorzar allí.

—¿Piensa… asaltar la casa de Rochelle, como hizo con la del señor Pfalz? —abrió mucho los ojos, Nina Veruska.

—Exactamente.

—Imposible —palideció Nina—. Eso ya lo pensó el señor Pfalz, pero sabe que es imposible, así que seguramente, avisará al embajador de Kobonia en París para que éste se ponga en contacto con la policía o quizá el servicio secreto francés, a fin de que éste recupere los documentos…

—De donde se desprende que el verdadero amigo de Kobonia es Hermann Pfalz —gruñó Jacques—, y que el sinvergüenza que piensa negociar esos documentos y quizá provocar una revolución sangrienta en Kobonia, es Ferdinand Rochelle… ¡Maldita sea mi estampa! ¡Es la primera vez en mi vida que me toman el pelo!

—Eso le ha pasado por confiar en una chica bonita —sonrió Nina.

—Desde luego. ¡No lo haré nunca más! Pero hablemos ahora de la recuperación de esos documentos. Lo que hará Rochelle será retenerlos hasta que la oposición de Kobonia se ponga en contacto con él, traiga el dinero o lo que pida por ellos… Todo al revés. Bien. Ahora, una cosa: si la policía francesa invade el domicilio de Rochelle, no encontrará nada. En cambio, yo sí encontraré lo que busco.

—Señor Jacques Bernard: según el señor Pfalz, si alguien entra en la casa de Rochelle subrepticiamente, es hombre muerto. ¡El sí que tiene un gran servicio de seguridad! Nada más le diré que todo el terreno alrededor de la casa esta electrificado. Y eso no es nada, créame…

—¿Electrificado? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, parece que hay una especie de… parrillas eléctricas bien distribuidas. Si un hombre pisase una de ellas, quedaría… asado como un pollo.

—Es usted muy descriptiva —sonrió Jacques—. Bueno, querida, usted va a llamar ahora al señor Pfalz, le va a pedir disculpas de mi parte, y le va a decir que no avise a nadie, que yo le traeré esos documentos. ¿De acuerdo?

—No sea loco —susurró Nina—. Va a morir, si intenta eso por su cuenta.

—Bueno, si quedo convertido en un pollo asado, ya tendrás el almuerzo de mañana o pasado, preciosa.

—Es… es una broma… absurda, señor Bernard.

Jacques Bernard se quedó mirando fijamente a la muchacha. De pronto, le puso las manos en los hombros, la atrajo suavemente, y vio cómo ella cerraba los ojos… Cuando terminaron de besarse, un grupo de turistas les estaban contemplando, sonrientes, desde cierta distancia. Jacques sonrió, y dijo:

—¿Quizá prefieres la bullabesa?

—No —sonrió ella.

—De todos modos —Jacques la tomó por la cintura, y emprendió el regreso hacia donde habían dejado el coche—, te invito a bullabesa en Marsella. Por el camino me dirás…

Se detuvo en seco apenas dar dos pasos. Habían estado cara al mar, y ahora, al volverse, quedaron frente a frente a los dos hombres que, indudablemente, los habían estado observando tras ellos, desde muy cerca. Los dos tenían la mano derecha dentro del bolsillo de este lado de la chaqueta. Nina lanzó una exclamación de sobresalto, al mismo tiempo que Jacques, pese a que sólo había visto a aquellos hombres unos segundos, y prácticamente a oscuras, los identificaba en el acto: eran los dos que la noche anterior habían estado en el tejado de la casa de Hermann Pfalz, con la ametralladora.

—Eres una chica lista, ¿eh? —dijo Paul, sonriendo fríamente—. Demasiado lista.

—Pero el señor Pfalz no es tonto, precisamente —añadió Gastón—: por eso te dejó marchar y nos encargó que te siguiésemos. Ahora, iremos los cuatro a verle a él, y le explicaréis la jugada. *Ça va*?

—¡Oh, Dios mío! —gimió Nina—. Se equivoca. Paul, Gastón, les aseguro que se equivocan.

—¡Claro! —sonrió Gastón—, nos equivocamos. Tú no eres la Veruska, ¿verdad?

—¡Sí que lo es, hombre! —dijo festivamente, Paul—. ¿No ves que está muy buena? ¡Es ella! ¡Y está tan buena como siempre! ¿No le meterías, ahora mismo, un viaje?

—Vaya que sí —asintió Gastón—. Pero esperaremos a que el señor Pfalz haya tenido una conversación con los dos. Luego, ¡lo que nos vamos a divertir!

—Caballeros se equivocaron —dijo amablemente, Jacques—. Nina y yo estamos de parte del señor Pfalz. En estos momentos, nos disponíamos a ir a Marsella para.

—Mire, amigo, no sé quién es usted, pero sí sé que tiene cara de granuja, de modo que menos cuentos con nosotros. Se los explicará al señor Pfalz, para que nos riamos todos juntos. ¡Andando al coche, pimpollos!

—Gastón, le aseguro… —empezó Nina.

—No te preocupes —la interrumpió Jacques—. Iremos a ver al señor Pfalz, le pediré disculpas, y se lo explicaremos todo. No pasa nada, preciosa. Ningún problema.

—Usted es cojonudo, ¿eh? —frunció el ceño Paul—. Les estamos apuntando con nuestras armas, los vamos a llevar a pasar un mal rato, y dice que no hay problemas. Bueno, ya cambiará de opinión. Caminen.

—De acuerdo —asintió Jacques—. Luego aceptaré sus disculpas.

—Muy amable, muy amable —sonrió a estilo hiena, Paul.

Movió la cabeza hacia el estacionamiento, y los cuatro fueron hacia allí, tranquilamente, Jacques y Nina delante, los dos pistoleros detrás. Nadie parecía darse cuenta de lo peculiar de la situación. Todavía abrazada a la cintura de Jacques, Nina miró a éste, angustiada la expresión, pero Jacques se limitó a sonreír.

Llegaron adonde habían dejado el coche, y Gastón se acercó a ellos.

—Dejaremos nuestro coche aquí, ya vendremos a por él. Ahora iremos en el de usted, amigo. No hace falta que le diga dónde vive el señor Pfalz, ¿verdad?

—No, no hace falta. Pero hay algo que me tiene preocupado: todo esto, dando por sentado que el señor Pfalz se muestre incrédulo como ustedes, va a ser una gran pérdida de tiempo. Quiero decir que mientras tanto, quizá Rochelle ponga en circulación los documentos, y entonces ya no podríamos recuperarlos.

—¿Quiere ver cómo le parto los dientes, por gracioso? Tiene la cara muy dura, pero aun así se la rompo toda. ¿Quiere verlo?

—Mi cara está bien cómo está —sonrió Jacques—. Pero la suya, no. ¡Vamos a arreglarla!

Su gesto fue tan rápido, que cuando Gastón sacó la pistola ya Jacques le había asido por una solapa, y tiraba de él con terrible fuerza, apartándose. Como atraído por una grúa, Gastón pasó junto a Jacques Bernard, y fue a dar de cara contra el coche, como si quisiera morderlo. Sus dientes crujieron contra el reborde del techo del vehículo, y cayó de espaldas, soltando la pistola y lanzando un grito agudo y salpicaduras de sangre.

En ese mismo instante, y mientras Paul, respirando, sacaba la pistola unos cuantos pasos más atrás, Jacques Bernard estaba en pleno vuelo hacia él, casi a dos metros de altura, flexionadas las piernas… Su rostro estaba tenso, su boca abierta… pero no brotó de ella sonido alguno. Sin embargo, en el momento en que apretaba el gatillo de la pistola, Paul notó una extraña presión en sus oídos, como si éstos fuesen sometidos, bruscamente, a un zumbido interior que hizo que su cabeza diese mil vueltas en una fracción de segundo.

La desconocida, terrible, desagradable sensación, duró sólo un instante, pero fue suficiente para que, incomprensiblemente perdidas su fuerza y su equilibrio, se tambalease, y el disparo saliese muy desviado y alto. Casi en el mismo instante en que se oía al apagado plop del disparo, Jacques Bernard parecía planear sobre Paul, disparando su pierna derecha en durísima ejecución de Tobi Yoko Geri; el pie, en brutal impacto, alcanzó a Paul en el centro del pecho, y lo derribó, lanzándolo por el aire un par de metros más allá,

mientras la pistola salía lanzada mucho más lejos.

Paul quedó tendido, inmóvil, en el suelo, tras rodar otro par de metros. Se quedó con los ojos muy abiertos, el rostro lívido y desencajado, todo el cuerpo crispado… Mientras tanto, Jacques Bernard caía como un gato, giraba, y de un salto caía donde estaba la pistola de Gastón, que lanzando horrendas maldiciones gateaba hacia ella. Un puntapié por parte de Jacques, envió la pistola fuera del alcance de Gastón, que lanzó un rugido de rabia, se puso en pie, y cargó contra el budoka, lanzando saliva y sangre a todos lados…

Muy cerca de ellos se oían gritos y exclamaciones, que aumentaron de tono cuando Gastón cayó sobre Jacques, dispuesto a hacerlo pedazos…

Sin embargo, de nuevo ocurrió lo inesperado.

Jacques no recibió de lleno, ni mucho menos, el encontronazo con Gastón, sino que se colocó de lado, lo asió por una manga y una solapa, tiró de él, al parecer suavemente, y Gastón se encontró, por un instante, sobre la cadera derecha de Bernard, extrañamente proyectada hacia fuera… Cuando Jacques se inclinó, sin dejar de tirar de Gastón aprovechando el propio impulso de éste, un gritó de sorpresa escapó de los labios de los sobresaltados espectadores, al ver al atacante volar hacia arriba, girando sobre sí mismo en grotesca voltereta, y caer casi tres metros más allá, de cabeza. Se oyó un apagado cloc, y Gastón quedó tendido en el suelo, sin sentido, víctima del implacable e impecable tsuri komi goshi de judo.

Jacques Bernard se puso bien la chaqueta y la corbata, se acercó a la aterrada Nina Veruska, y le dio una palmadita en una mejilla…

—Espero que nos den una bullabesa auténtica, no de esas con las que engañan a los turistas —dijo.

Metió a la turulata muchacha en el coche, y se marchó.

Capítulo VII

—¿TE gustó la bullabesa? —preguntó.

—Me ha gustado todo —suspiró Nina—. ¡Eres extraordinario, Jacques!

—¡Caramba! —sonrió Jacques—. Después de lo que ha pasado, eso es todo un elogio, muñequita. Elogio que merece un premio, naturalmente.

Comenzó a besarla de nuevo, mientras acariciaba el suave y espléndido cuerpo desnudo tendido junto al suyo. En la habitación que habían tomado en un hotel de Marsella, había aire acondicionado, que proporcionaba una temperatura ideal, un ambiente agradable… aunque lo más agradable del ambiente lo creaban ellos mismos. Nina Veruska se había resistido cuando, después del almuerzo, Jacques le había dicho que sería buena idea tomar una habitación en un hotel.

—¿Por qué hemos de tomar una habitación? —había preguntado.

—Porque no sé cuándo podré ir a visitar a Ferdinand Rochelle. Ya sé dónde vive, hemos echado un vistazo a su quinta, pero las cosas no son siempre tan fáciles. Quiero decir que esta vez no dispongo de nadie que me diga cómo es la casa, cuántos, hombres hay vigilando y dónde, y demás sistemas de alarma… Quizá me lleve tiempo encontrar el modo de entrar… ¡y no vamos a pasarnos todo el tiempo en el coche!

—Pero si tomamos una habitación… querrás acostarte conmigo;

—No se me había ocurrido. Pero me parece una buena idea… ¿Ya ti?

—A mí, no —había refunfuñado ella—. No tengo por qué hacerlo.

—Bueno, hagamos un trato. Tomamos la habitación, tú haces lo que quieras, y yo dormiré la siesta. Una larga siesta, porqué anoche no pegué un ojo.

—¿Y que haré yo, mientras tú duermes?

—Podrías cantarme una nana.

—Reconozco que eres simpático —habla sonreído, entonces. Nina Veruska—. Pero Gastón tenía razón: eres un caradura. Está bien, tomaremos esa habitación, y mientras tú duermes, yo leeré algunas revistas.

—La lectura es siempre provechosa —sentenció Jacques—. Te compraré un montón de revistas. ¿O prefieres un buen libro?

—Tienes razón, quizá sea mejor el libro…

Pero ahora, el libro yacía olvidado en un sillón, y Nina y Jacques yacían, muy conscientes el uno del otro, en la cama… desde hacía más de tres horas. Justamente desde el momento en que apenas se hubo instalado Nina en el sillón dispuesta a leer, Jacques se había acercado a ella, le había quitado el libro, y había dicho:

—Esta novela ya la he leído. ¿Quieres que te la explique?

—No… No, no, gracias.

—Sí, mujer —Jacques comenzó a desabrocharle la blusa—: Mi voz no es desagradable, ¿verdad? Además, tengo mucha chispa para explicar las cosas. Verás lo que pasa —le había quitado los sujetadores, ya—: un tipo llamado Callaghan, que es un fenómeno de la investigación criminológica, recibe un día la visita de una japonesita preciosa, que dice llamarse Michiko Sugama, y que está en Miami contratada por una organización dedicada al asesinato por encargo, y que ella tiene el encargo de cargarse a tres sujetos… ¿Te imaginas el pasmo de Callaghan?

—Aproximadamente —había murmurado Nina—. ¿No piensas quitarme los zapatos?

—Podrías resfriarte: el suelo está frío. Bueno, al oír aquello, Callaghan se queda de piedra, claro…

—Es gracioso que le digas a una mujer a la que acabas de desnudar completamente, que temes que se resfríe si la descalzas.

—Puesto que te empeñas… Pero que conste que has sido tú quien me ha pedido que te lleve a la cama.

—¡Yo no te he pedido semejante cosa!

—¡Claro que sí! —Jacques la había alzado en brazos, la llevó a la cama, la depositó allí, y le quitó, entonces, los zapatos, que tiró por encima de sus hombros—. Si te quito los zapatos, no puedo dejarte en el suelo frío, querida. Sería demasiado desconsiderado por mi parte. Así que he interpretado que querías que te trajese a la cama, y así podría descalzarte. ¿Comprendes?

—¿Y ahora? —había susurrado ella.

—Pues te seguiré contando las aventuras de Callaghan hasta que me duerma. ¿Por dónde íbamos?

—Por lo de la japonesita.

—¡Ah, sí! El novelista la describe como una muñeca preciosa. Ya sabes: de esas que parecen de porcelana, y cosas, así…

—¿Yo te parezco de porcelana?

—Pues… sí.

—No lo soy —había susurrado ella, tomándole una mano—. ¿Te das cuenta como soy de carne, y no de porcelana?

—¡Sorprendente! —susurró Jacques—. Como te iba diciendo…

—Luego me lo cuentas…

Pero no se lo había contado. Ni habían echado la siesta. De lo que, al parecer, no se había arrepentido Nina Veruska, ya que opinaba que Jacques Bernard era extraordinario…Elogio que, en efecto, mereció un nuevo premio, tras el cual, Nina suspiró lánguidamente, y retuvo abrazado fuertemente a Jacques, besándole acto seguido como si sólo de este modo pudiese encontrar el aire vital que necesitaba.

—Te amo-susurró.

—¿Por lo extraordinario que soy?

—No seas tonto —rió dulcemente—. ¡Ya me enamoré de ti cuando me arreglaste el coche… que tú mismo habías estropeado! Había algo en tu voz, en tus ojos… ¿Quieres que sea sincera contigo?

—Me gustaría mucho —murmuró Jacques.

—Bueno: pues tenía la esperanza de que, ya que era tu prisionera, me violases. ¿No es terrible?

—Tanto, que yo no hago esas cosas. Me gusta más con la aprobación del… adversario.

—Tienes toda mi aprobación… para siempre.

—¿Y el señor Pfalz?

—No seas tonto… ¡Jamás tuve nada qué ver con él, en este sentido! ¿No me crees?

—Sí.

—Gracias, mi amor… ¿Y tú? ¿Me amas?

—Sí —susurró Jacques—. Por eso, lamento lo que voy a hacer. Pero espero que me perdones.

—¿Que te perdone? ¿Qué vas a hacer para…?

Los dedos de Jacques Bernard presionaron en un lado del cuello de Nina Veruska, que abrió la boquita en un brevísimo gesto de dolor antes de quedar sin sentido. Jacques saltó de la cama, se metió en el cuarto de baño, y se dio una rápida ducha. Tres minutos más tarde estaba vestido. Se acercó a la cama, y se quedó mirando el hermoso cuerpo desnudo inerte.

—Si me hubieses preguntado si te amo, hace unas horas, te habría dicho que me parecía que sí —murmuró—… Ahora, estoy seguro. Por eso, me alegro de haber tenido, desde el principio, la idea de alquilar una habitación en un hotel cualquiera: aquí estarás segura y a salvo… mi amor.

Procedió a atar a Nina de pies y manos, con las sábanas, asegurándose de que no podría soltarse. Ciertamente que Jacques Bernard no iba a esperar para ir a la quinta de Ferdinand Rochelle, pues eso sería perder un tiempo que Rochelle podía aprovechar, en vender los documentos. Tenía que actuar deprisa… y no quería que Nina corriese riesgo alguno yendo con él, ni discutir con ella para impedírselo. Así pues, ya bien atada, la amordazó también con un

trozo de sábana, cubrió el cuerpo con otra, y se dirigió hacia la puerta. Allí, se volvió, sonrió desganadamente mirando a la muchacha, y murmuró:

—Espero que volveremos a vernos, Nina.

Salió de la habitación, cerró con llave, y se guardó ésta. De ninguna manera quería riesgos para Nina. Claro que si ésta conseguía desatarse, tras horas de forcejeo, podría llamar a la conserjería, por teléfono, para que le abriesen la puerta… pero, antes de eso, él ya habría vuelto. Y si no había vuelto, era qué nunca volvería.

Un par de minutos más tarde estaba en su coche. Ya hacía unos minutos que era de noche, así que pensó que las tiendas dedicadas a la venta de artículos deportivos estarían cerradas, pero no tenía ningún problema insoluble por esto… Abrió el maletín que aquella mañana había preparado en su casa de Niza, duplicado del que dejara en el chalet de Mont Boron, echó un vistazo al contenido, se aseguró de que llevaba todo lo que podía necesitar, y por fin asintió. En realidad, sólo le faltaban unos palos largos y unos cuantos clavos.

"En alguna parte los encontraré-se dijo—. ¡Parrillas para asar pollos! ¡Bah!"

Estaba seguro de que no iba a tener ningún problema para entrar en la quinta de Ferdinand Rochelle. La hermosa quinta situada cerca de la playa, hacia el Oeste de Marsella.

Era un hermoso y tranquilo lugar; tan tranquilo, que entre esto, y el suave rumor del mar que llegaba hasta allí, el vigilante Klaus de buena gana se habría tumbado en el césped a echar un sueñecito. Pero, pese a la existencia de las finas parrillas eléctricas bien distribuidas por el jardín, las órdenes del señor Rochelle habían sido tajantes y terminantes: considerando la extraña facilidad de Jacques Bernard para entrar y salir de una villa vigilada, no debían descuidarse ni un instante.

Y, aunque sonriendo, el señor Rochelle había añadido que era muy poco probable que el tal Bernard consiguiese localizar, jamás, a la señorita Frey, no había que confiarse. Un hombre burlado es peligroso.

Por eso, Klaus permanecía alerta, igual que su compañero de vigilancia en el exterior, Martel, con el que cada pocos minutos se cruzaba en su ronda alrededor de la casa…

Le tocó a Klaus llevarse la sorpresa.

Estaba caminando por la parte del jardín que daba a la playa, por los bien definidos senderos donde no existía trampa electrificada, cuando, de pronto, entré él y las verjas de aquel lado comenzaron a brotar chispas del suelo. Por un momento, Klaus quedó como fascinado, observando el chisporroteó a ras del suelo, destellos que

parecían un bonito juego de pirotecnia.

Enseguida reaccionó, sacando la pistola, y gritó:

—¡Martel, alguien ha caído en las parrillas!

La voz de Martel le llegó desde un lado de la casa, mientras Klaus, con gran cuidado, corría hacia donde habían brotado las chispas. Ya no se producían chispas, así que Klaus esperaba encontrar sobre las parrillas el cuerpo de alguien, electrocutado.

Con estos pensamientos en la cabeza y la pistola en la mano corría Klaus cuando, de pronto, el gigante apareció ante él, por detrás de un alto y grueso pino. Fue sólo una enorme sombra, de más de tres metros de altura, pero que tenía forma de hombre. Klaus se detuvo en seco, casi cayendo de bruces, y exteriorizó su sorpresa lanzando una exclamación. ¡Un hombre de tres metros de estatura…!

Recobrándose rápidamente del sobresalto, alzó la pistola, y apuntó a la gigantesca silueta.

Plop, plop, disparó, con su arma provista de silenciador.

Frente a él, el negro y sorprendente gigante dio un par de larguísimos pasos inverosímiles, su pierna derecha se movió velozmente, y el extremo, llegando de lado, golpeó a Klaus en la mandíbula, con tal fuerza que el hombre salió despedido de lado, lanzando un grito, que se convirtió en brevísimo alarido cuando cayó de costado sobre una de las parrilla, de la que comenzaron a brotar miles de chispas y chasquidos, y enseguida, un denso, irritante olor a carne quemada. Pero fue todo muy breve, y el gigante de tres metros no se entretuvo en contemplar lo que sucedía.

Continuó la marcha hacia la casa, dando zancadas de casi dos metros, enorme, altísimo, fantasmal. Mientras tanto, guiado por las chispas que habían asado a Klaus, Martel corría hacia allí, gritando, lista su pistola para disparar contra cualquier sombra que se moviera.

Martel aún se asustó más que Klaus. Quedó tan paralizado por la sorpresa y el espanto, que ni siquiera tuvo tiempo de disparar contra aquella enorme figura que caminaba sobre las parrillas. Captó el movimiento de una de las larguísimas piernas, pero ya era tarde: recibió en plena frente el tremendo impacto del extremo del largo zanco con aislamiento de goma en la punta, y cayó hacia atrás, como un saco, sin sentido.

Desde la casa llegaban voces, pero ciertamente el gigante fantasma no tenía, intención de esperar a nadie. Caminando hábilmente sobre los altos zancos, semejante a una enorme grulla negra, fue hacia un lado de la casa, y desapareció por allí justo cuando la puerta se abría, y aparecían varios hombres, llamando a Klaus y Martel.

¡Buen susto se iban a llevar cuando los encontrasen…!

* * *

—No se asuste —sonrió, con expresión tensa, Ferdinand Rochelle—. Sea quien sea el intruso, mis hombres lo cazarán, si no ha caído abrasado en una de las parrillas.

Se dirigía al hombre de raza negra que estaba sentado en un sillón, erguido, todavía con el inicial gesto de sobresalto. Era un negro hermoso, elegante, de magnífico aspecto. Sus grandes ojos dejaron de mirar, un tanto desorbitados, hacia la ventana, para posarse en Ferdinand Rochelle, que conseguía sostener con sereno pulso la copa de coñac. Junto a Rochelle, sentada también en el sofá, estaba su hermosa hija, Jeaninne, cuyo gesto de alarma era aún más definido que el del negro llamado Koboto.

—No me asusto por mí, particularmente —dijo Koboto, tocándose la axila donde guardaba la pistola—. Pero aprovecho la ocasión de esta alarma para insistir, señor Rochelle: debería entregarme esos documentos esta noche. Yo me marcharía inmediatamente con ellos, y los pondría a salvo de todo posible intento de recuperación por parte de…

—Lo siento, Koboto, pero no puedo hacer eso.

—¿Desconfía de mí… de nosotros? —masculló el negro.

Ferdinand Rochelle sonrió cortésmente. ¿Desconfiar de Koboto y de sus amigos que formaban el grupo de la oposición en Kobonia…? ¡Naturalmente que desconfiaba de ellos! Por eso, si no había dinero, no había documentos. Y puesto que Koboto había asegurado que el dinero llegaría el día siguiente, él no pensaba entregar de ninguna manera los documentos hasta entonces.

—Claro que no desconfío… Pero es evidente que el dinero lo traerán algunos compañeros de usted, ¿no es así?

—Sí… Por supuesto. ¿Y qué?

—Pues que esos mismos hombres serán una protección para usted cuando salga de mi casa con los documentos. En cambio, ahora tendría que marcharse solo… lo que no me parece prudente.

Koboto se quedó mirando a Rochelle con los ojos entornados. De pronto, sonrió, mostrando sus grandes dientes blancos y sanos.

—De acuerdo —aceptó—. Esperemos que sus hombres sepan resolver cualquier problema que se presente durante la noche.

—No le quepa la menor duda de que así será. Estamos bien preparados para recibir a cualquier intruso que…

Un hombre apareció excitado, jadeante, en la puerta del salón de la hermosa quinta.

—¡Señor Rochelle, corte la corriente, pronto!

—¿Qué ocurre? —se puso en pie vivamente, Rochelle.

—Me parece que ha sido una falsa alarma. Bueno, quiero decir que no creo que nadie haya entrado en la quinta: ha sido Klaus, que ha caído en una de las parrillas. También hemos encontrado a Martel sin sentido… Me parece que se ha dado un golpe contra un árbol al correr hacia Klaus cuando lo ha oído gritar. Lo reanimaremos enseguida, y nos dirá qué ha ocurrido, aunque creo que ha sido lo que le digo…

—¿Cómo había de meterse Klaus en una parrilla? —masculló Rochelle—. ¿Acaso estaba borracho?

—Un accidente lo tiene cualquiera, señor Rochelle —gruñó el hombre.

Ferdinand Rochelle fue hacia el cuadro de mandos que había junto a la puerta del salón, abrió con una pequeña llavecita la caja metálica que lo protegía, y movió la llave, cortando la corriente. El vigilante asintió, y abandonó de nuevo la casa. Rochelle vaciló, pero dejó abierta la puertecilla metálica. En cuanto aquel pequeño incidente se hubiese solucionado, volvería a dar la corriente y a cerrar la caja, así que no valía la pena cerrarla ya.

Cuando volvió a mirar a Koboto, éste tenía de nuevo en las manos los documentos que minutos antes había estado examinando con suma atención. Koboto debió sentirse mirado, porque alzó la cabeza para mirar a Rochelle. Sonrió, metió los documentos en el sólido sobre de papel amarillo, y lo tiró sobre la mesita de centro.

—Con esto en nuestro poder, convenceremos a los últimos remisos en llevar a cabo la revolución —murmuró—. Y una vez hayamos triunfado, señor Rochelle, cumpliremos nuestro compromiso suplementario con usted: el dos por ciento de todos los beneficios mineros de Kobonia, durante el primer año.

—No es demasiado —rezongó Rochelle.

—Quizá no. Pero, tenga en cuenta que no va a ser fácil esa revolución armada. Costará mucho dinero en armas y en sobornos…

—¿Y cuántas vidas? —dijo una voz, en la puerta del salón.

Capítulo VIII

LA sorpresa dejó paralizados a Koboto y a los Rochelle. La negra figura la aprovechó velozmente, deslizándose hacia el sofá. Asió a Jeaninne de un brazo, la puso en pie con suave pero firme tirón, y la colocó ante él, abrazándola por el pecho con el brazo izquierdo, en tanto la mano derecha aparecía armada de reluciente y delgado puñal de delicada forma, que quedó apoyado en la yugular de Jeaninne, la cual palideció intensamente.

—No tengo por costumbre utilizar más armas que las que se emplean en las disciplinas del Budo —dijo el fantasma negro—, pero les aseguro que son muy eficaces. Eso que tengo en la mano es un kosuka, señor Rochelle, y está tan afilado que puedo atravesar el cuello de su hija, de parte a parte, como si fuese de mantequilla. ¿Está claro?

Ferdinand Rochelle tragó saliva, contemplando aquella cabeza enfundada en negro, como todo el cuerpo que desaparecía casi completamente detrás del de su agarrotada hija. Eso era todo lo que veía Rochelle: una forma negra, una cabeza negra, y una abertura que permitía ver solamente unos ojos grandes, oscuros, terribles.

—Sí, está claro —jadeó—. ¿Quién es usted?

—Llámeme Ninja. Pero de momento, no vamos a prolongar la conversación. Quizá más adelante tengamos otra entrevista más reposada. Ahora, lo que quiero de usted son los documentos.

—¿Qué… qué documentos?

—Vamos, no sea estúpido. Estoy viendo encima de esa mesita un sobre amarillo, y todos sabemos lo que contiene. Acérquese a la mesita, tome ese sobre, y tráigamelo. Y no quiero discusiones ni pérdidas de tiempo.

—¿Cómo ha conseguido… entrar en la casa?

—Por el tejado.

—Pero no ha podido cruzar las parrillas eléctricas…

—Si estoy aquí, es que lo he hecho. Señor Rochelle, si pierde un solo segundo más, su hija comenzará a pasarlo mal. El sobre… por favor.

Rochelle miró a Koboto, que estaba erguido, rígido, fijos sus saltones ojos en el ninja. En la axila, la pistola parecía quemarle a Koboto, pero no sabía qué hacer, pese a que sus pensamientos estaban bien claros: podía disparar contra aquel fantasmón, y matarlo, aunque

fuese a costa de herir o matar también, a la muchacha. Y no tendría inconveniente alguno en matar también a Rochelle. Pero… ¿cómo lograría salir de la casa y escapar a los hombres de Rochelle?

Este había llegado a la mesita, muy cerca de Koboto, y su mano derecha, temblorosa, tomó el sobre.

—¿Estás asustada, Jeannine? —preguntaba Ninja—. Tienes motivos, preciosa. Estoy muy enfadado contigo.

—Por favor —sonó la voz de la muchacha, como un tremolante chirrido— ¡Por favor, no me mates, Jacques, no me mates…!

—Depende de tu padre. ¿Qué espera, señor Rochelle? ¡Traiga aquí ese sobre! ¡Vamos! Aunque no… Espere. Antes, quiero que usted y su invitado tiren sus armas al suelo. Háganlo, y empújenlas hacia mí.

—No… no voy armado —aseguró Rochelle.

—¿Y usted? —se volvieron los oscuros ojos de Ninja hacia Koboto.

—Yo sí —susurró el negro.

—Pues ya me ha oído… Mueva la mano muy despacio.

—Sí… Está bien.

Koboto metió la mano derecha muy despacio hacia la axila. Sus dedos tocaron la culata de la pistola, y una especie de corriente corrió desde ellos a todo el cuerpo. Si permitía que aquel hombre escapase con los documentos, todo estaría perdido irremisiblemente. En cambio, si lo mataba, tenía muchas probabilidades de salir airoso de la situación, ocurriera lo que ocurriese luego…

Muy despacio, utilizando sólo dos dedos, Koboto fue retirando el arma de la funda axilar. Ninja alcanzó a ver la pistola, y su mirada pareció clavarse en la mano del negro. No necesitaba mirar nada más. Si el negro intentaba algo, la manó se tensaría, habría un movimiento muscular en ella, un tirón de los nervios, una crispación…

La crispación se produjo, de pronto, al pasar la pistola completamente a la palma de la mano de Koboto, que lanzó un grito de triunfo, movió la pistola hacia Ninja…

¡Fffssss!, silbó el cuchillo con el que Ninja había estado amenazando a Jeaninne, a la que empujó lejos de él para apartarla del peligro.

El kozuka fue a hundirse, con blando chasquido, en el pecho de Koboto, que se crispó bruscamente, saltando para ponerse en pie como si hubiese recibido una descarga eléctrica, y disparando, su pistola mientras giraba y caía de lado… Las intenciones de Ninja no podían haber sido mejores para Jeaninne Rochelle, pese a todo. Pero el gesto de Koboto al saltar con tal fuerza, apretando el gatillo, tuvo muy malas consecuencias para la muchacha: mientras Koboto caía, la bala fue a hundirse en el centro del seno izquierdo de Jeaninne, que emitió un gemido, y cayó sentada en el sofá, llevándose las manos al pecho…

Su, cabeza quedó colgando hacia el respaldo, tras una blanda sacudida.

—¡Jeaninne! —aulló Rochelle.

Todavía en la postura de lanzamiento del cuchillo, Ninja miró a Rochelle, y enseguida a Jeaninne, que estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos fijos en el techo, y la boca desencajada… Rochelle se precipitó hacia la muchacha, gimiendo y aullando, le tomó las manos, y las apartó del tremendo boquete, que se veía perfectamente sobre el gran escote del elegante vestido de su hija.

Ninja recogió el sobre amarillo del suelo, y lo hizo desaparecer bajo sus negros ropajes. Se acercó al sofá, miró el lívido rostro de la muchacha, y murmuró:

—Lo siento… Lo siento de veras.

Pero Ferdinand Rochelle ni siquiera le oyó. Comenzó a gemir lastimeramente, abrazando a su hija contra su pecho, manchándose de sangre… Ninja titubeó visiblemente, pero, desde afuera, llegaban las voces de varios hombres, acercándose a la casa. Dio media vuelta, corrió hacia la puerta del salón, cruzó el vestíbulo, y se lanzó escaleras arriba, hacia el primer piso. Por el último sitio que se le ocurriría salir en aquellos momentos era por la puerta. Era mucho mejor el camino utilizado para entrar… Y esta vez, ni siquiera tendría necesidad de utilizar las ventosas: le bastaría saltar desde una de las terrazas del piso alto los tres metros y medio hasta el jardín…

En el salón, Ferdinand Rochelle dejó de pronto de abrazar a su hija. Su rostro lleno de lágrimas se endureció, se enfrió… Sus ojos lanzaron destellos de odio. Dejó a Jeaninne tendida en el sofá, y corrió hacia la puerta, gritando:

—¡Todavía está en la casa! ¡Rodeadla completamente, registrad bien el jardín! ¡Y no os preocupéis por las parrillas, están desconectadas…! ¡Atrapadlo, es un solo hombre…!

Como de muy lejos, los gritos de Ferdinand Rochelle llegaron, amortiguados, a oídos de Koboto, que abrió los ojos, de pronto. Vio el suelo ante ellos. Parpadeó, desconcertado, situándose… De pronto, movió una mano hacia el pecho, tocó allí el negro mango del kozuka, y un gesto de dolor y furia apareció en su rostro. Sin tocar más el cuchillo, se puso de rodillas, y luego de pie, tambaleante. Sabía que si se arrancaba el cuchillo se desmayaría, y se desangraría rápidamente; sabía que tenía que dejarlo allí, cómo un tapón, por mucho que le doliese.

Se quedó tambaleante, oyendo las voces de Rochelle, los gritos de otros hombres. Su mirada se deslizó, reluciente, sobre el cadáver de la hermosa Jeaninne… Luego, en el suelo, vio su pistola. Manteniendo el torso erguido, Koboto flexionó las piernas, hasta que su mano derecha

llegó a la pistola. La agarró con furioso gesto, y se irguió, comenzando a caminar hacia la puerta… Al pasar, vio el cuadro de mandos eléctricos dentro de la caja metálica abierta… Un gesto de furia infinita pasó por los gruesos labios de Koboto. ¡Desde luego que aquel fantasmón no escaparía!

Acercó la mano izquierda a la llave, y le dio la vuelta…

En el acto, afuera se oyeron gritos horribles, y por el amplio ventanal del salón se vieron varios resplandores lívidos, como pequeños relámpagos…

Luego, de pronto, el silencio.

Koboto tardó apenas un segundo en comprender lo sucedido: había achicharrado a los hombres de Ferdinand Rochelle, y posiblemente a éste mismo mientras, con aquéllos, formaba el cordón de vigilancia alrededor de la casa, ocupando todo el jardín para impedir la huida de Ninja. El silencio era ahora, tan denso, tan completo, que Koboto tuvo que comprender que no había quedado nadie con vida en el jardín… ¡Posiblemente, ni siquiera Ninja! Pero… ¿se habrían quemado los documentos?

Dando bandazos, tropezando con sus propios pies, Koboto se dirigió hacia la puerta de la casa. Si Ninja había muerto, sólo quedaba por averiguar qué había sido de los documentos. Si no había muerto, él lo mataría, estaba seguro de ello, puesto que Ninja no utilizaba armas de fuego… ¡Y esta vez no se confiaría! Para Koboto, la cosa estaba muy clara… Sí, muy clara: Ninja había provocado, de algún modo, la alarma en el jardín, y luego, cuando la corriente fue cortada, había aprovechado para llegar hasta la casa, en medio de la confusión de los empleados de Rochelle. Muy bien: esta vez, nadie iba a cortar la corriente… De modo que, o se asaba vivo, o caía acribillado.

A elegir.

Desde la ventana por la cual iba a descolgarse al jardín, Ninja había visto perfectamente los azulados relámpagos que se habían producido en la zona electrificada del jardín, y había oído los breves gritos de terror y muerte… Casi enseguida, el olor a carne quemada llegó hasta él, estremeciéndole.

¿Qué había ocurrido? Había oído a Rochelle gritar que la corriente estaba desconectada, así que… ¿cómo era posible que varios hombres hubiesen sido electrocutados? Su mente funcionó con la velocidad de los propios relámpagos. ¿Quiénes habían quedado en la casa?: solamente Jeaninne y aquel negro. Jeaninne estaba muerta. ¿Entonces…?

Se descolgó de la ventana, calculando la distancia tan matemáticamente que sus pies fueron a colocarse en los salientes de los zancos. No tenía, pues, necesidad de saltar y echar a correr, lo que

habría sido mucho más rápido y por tanto más seguro… si la corriente, no hubiese sido de nuevo. Necesitaba de nuevo los zancos con protectores aislantes de goma en las puntas, para cruzar aquellas parrillas… Sujetó la parte alta, manteniendo las manos pegadas a las caderas, y comenzó a desplazarse hacia la oscuridad del jardín, nunca mejor dicho que a larguísimas zancadas. Cada paso abarcaba casi dos metros, y en pocos segundos habría cruzado todo el terreno sobre la electrificadas parrillas, arrancando millones de chispas, si de pronto, la voz no hubiese sonado tras él, seca, imperiosa:

—¡Quieto o disparo!

Ninja se volvió a mirar hacia la puerta de la casa. A pocos metros de ésta, y a unos veinte de él, vio al negro, de pie, no muy seguro, y sujetando con ambas manos la pistola…

—¡Venga aquí! —gritó Koboto.

Ninja supo por qué el negro no le había disparado por la espalda, apenas verlo: porque temía fallar el disparo, y que él acelerase la marcha y desapareciese, sin que el negro pudiese seguirlo, no sólo por las parrillas, sino por su mal estado físico… que era no poco sorprendente qué todavía le permitiese no ya seguir vivo, sino permanecer de pie…

—¡Venga aquí o disparo! —insistió Koboto.

Bajo la capucha, Jacques Bernard sonrió. Las palabras del negro querían decir, realmente: "¡Venga aquí, para que pueda dispararle!" Muy bien.

Comenzó a acercarse al negro a largas y firmes zancadas. No quería correr ningún riesgo, y sabía que lo habría corrido si hubiese echado a correr… Alguna bala podía alcanzarle, y si caía sobre las parrillas…

De pronto, aumentó la velocidad de sus zancadas, cuando estaba, a unos doce metros de Koboto. Este lanzó un grito, alzó un poco más la pistola, apuntó al pecho del gigantesco fantasma zancudo que corría hacia él, y apretó el gatillo de su pistola silenciosa de origen.

Plop, plop, plop…

El ninja recibió los tres impactos en el pecho, pero no cayó hacia atrás, como era de esperar, sino hacia delante, saltando de su asentamiento en la parte media de los zancos. Siguiendo el impulso de la caída, rodó sobre sí mismo, siempre en dirección a Koboto, que bajó el arma convencido de que aquel hombre estaba muerto… Pero no debía ser así, porque cuando parecía que iba a terminar de rodar, ya a unos tres metros de Koboto, el ninja saltó de nuevo en el aire, con tal potencia y agilidad que pareció que fuese a volar, lo que ocasionó el gran pasmo de Koboto, que abrió la boca.

De la mano derecha de Ninja partió, lanzando destellos, algo

plano, redondo, reluciente como acero… Y era acero: un redondo shuriken de bordes afiladísimos, que cruzó el aire como una centella y fue a hundirse en la boca de Koboto, cortando las mejillas como si fuesen de simple papel y llegando al fondo de la garganta, donde se hundió mortalmente, segándolo todo hasta llegar a las vértebras, donde quedó incrustado.

Cuando Ninja cayó de su increíble salto, de pie, Koboto ya había caído de espaldas, muerto fulminantemente. Ninja se tocó cuidadosamente el pecho, allá donde las tres balas habían perforado sus negras ropas y se habían detenido al chocar con el chaleco antibalas de fibra de titanio. Le dolía horriblemente el pecho, y sabía que al día siguiente tendría un enorme hematoma, pero eso sería todo.

Permaneció inmóvil, escuchando cualquier sonido que se produjera a su alrededor. Pero no. No había sonido alguno… salvo el del mar, suave, amortiguado, como un bello rumor.

Antes de alejarse definitivamente de la hermosa quinta, Ninja entró en la casa, y volvió a cortar la corriente. Luego, zancos al hombro, se alejó hacia donde había dejado su coche.

Media hora más tarde, Jacques Bernard, dolorido casi hasta el desvanecimiento debido a los tres impactos de bala en el pecho, entraba en la habitación del hotel donde le esperaba su amor, Nina Veruska. Sólo que…

Sólo que Nina Veruska no estaba allí.

* * *

Hermann Pfalz abrió los ojos de pronto, y fijó la soñolienta mirada en el techo, que se veía grisazulado debido al resplandor de la luna que entraba por el amplio ventanal de la terraza del dormitorio. Parpadeó, desconcertado, todavía casi dormido. ¿Por qué se había despertado?

—¿Cuál es la jugada, esta vez? —oyó.

Pfalz respingó fuertemente y dio tal salto, que quedó de rodillas en la cama. Entonces se encendió la luz de la mesilla de noche, e instintivamente Pfalz, se protegió los ojos con las manos, evitando el deslumbramiento… Separó los dedos y por entre ellos vio, sentado en la cama, al terrible personaje que ya una vez había visto en el espejo: una figura negra, y unos ojos oscuros, llameantes; eso era todo… y suficiente.

—¡Usted! —jadeó Pfalz, retirando las manos—. ¿Cómo ha entrado…?

—No pregunte tonterías, Pfalz: yo entro y salgo cuando quiero y como quiero, de donde quiero. ¿Cuál es la nueva jugada? ¿Dónde está Nina?

—¿Nina? No sé… ¡No tengo ni idea! La despedí por que…

—No estoy para bromas; Pfalz.

—No… no es una broma… ¡La despedí! Bueno, lo hice para que mis hombres la siguiesen y…

—Ya me sé todo ese cuento. ¿Dónde está ella?

—¡Le digo que no lo sé! Usted… usted tiene qué ser el hombre que estaba con ella en el castillo, el que golpeó a Gastón y a Paul… y se fue con Nina. ¡Usted debe saber, dónde está!

La mano izquierda de Ninja desapareció bajó las ropas, y reapareció sosteniendo un gran sobre amarillo, que arrancó una exclamación a Hermann Pfalz.

—¡Los documentos…! —chilló.

—Pfalz, le voy a entregar los documentos —Ninja tiró el sobre a las manos de Hermann Pfalz—. Son suyos. Pero si no me dice qué ha sido de Nina, no tendrá usted ni documentos… ni vida. ¿Está suficientemente claro?

—Pe… pero yo no… no sé dónde está ella… ¡Le juro que le estoy diciendo la verdad! No sé nada de nada… Vea si es cierto eso, que por la mañana va a venir a visitarme un agente del servicio secreto francés, del SDECE, a quien informaré de todo, para que ellos se encarguen de capturar a Rochelle y…

—Rochelle está muerto. Luego le explicaré todo lo sucedido, a fin de que usted informe al SDECE, y éstos tomen las últimas medidas que consideren oportunas para asegurar definitivamente la estabilidad política en Kabonia, ya que tan buenas relaciones de toda clase tienen con ese país. Allá usted y el SDECE a partir de mañana, Pfalz. Pero ahora, yo quiero a Nina Veruska.

—Escuche… Puede matarme, puede hacer lo que quiera conmigo… Pero, por favor, si me mata, consiga que estos documentos lleguen a poder del SDECE: ellos harán el resto. ¿Lo hará?

—¿Pretende dárselas de valiente, de héroe? ¿Acaso no le importa morir?

—Me importa —tembló la voz de Pfalz—. Estoy… estoy muy a gusto en esta vida, sé disfrutarla… ¡Amo la vida! Pero no sé dónde está Nina Veruska, así que… haga usted lo que quiera conmigo.

La cabeza de Ninja se inclinó hacia un lado, los párpados se entornaron, los ojos, apenas visibles, parecían convertirse en hielo. Durante más de un minuto, el budoka permaneció así, inmóvil, y Pfalz se dio cuenta de que, poco a poco, la furia desaparecía de aquellas oscuras pupilas, siendo sustituida por la reflexión… Por fin, Ninja asintió, y murmuró:

—Vístase, señor Pfalz.

Capítulo IX

—¿POR qué no la desnudamos y la violamos? —propuso uno de los hombres.

—Cierra la boca —mascculló el hombre de los cabellos cortados a cepillo.

—Nos estamos aburriendo —protestó el otro—. Y además, creo que estamos perdiendo el tiempo, Laverne. El tal Bernard no vendrá: si realmente ha ido a la casa del señor Rochelle, debe estar ahora allí, frito en una de las parrillas.

En la oscuridad del dormitorio desde cuya ventana Laverne vigilaba la entrada a la villa de Jacques Bernard, Nina Veruska, tendida boca abajo en la cama, escuchaba. Lo primero que recordó al recobrarse del desvanecimiento que le había ocasionado Jacques, fueron las extrañas palabras de éste. Luego enseguida, vio inclinados sobre ella a dos hombres, uno de ellos, el que se llamaba Laverne según parecía, con los cabellos muy cortos, como un cepillo. Pero entonces no sabía aún cómo se llamaba, no sabía que, precisamente, aquél era el hombre que Jacques debía ejecutar. Sólo vio a dos hombres inclinados sobre ella, sonrientes. Y cuando quiso moverse, se dio cuenta de que estaba atada de pies y manos. Entonces, Laverne le había quitado la mordaza, y había sonreído.

—¿Qué tal, señorita Veruska?

—¿Quiénes son usted? ¿Qué quieren? ¿Cómo…?

—No sabemos bien qué ha pretendido Bernard, al dejarla aquí desnudita y tan empaquetada —la interrumpió Laverne—. Pero sí sabemos lo que queremos hacer nosotros. Usted se va a venir a Niza, nos instalaremos en la casa de Bernard, y le esperaremos. Ahora la vamos a soltar, se pondrá usted este vestido —le mostró uno de sus vestidos de noche—, y saldremos de aquí como buenos amigos que van a divertirse. ¿Está claro?

Poco después, habían salido del hotel, con tal discreción, que nadie se fijó en ellos, lo que pareció complacer grandemente al hombre de los cabellos cortados a cepillo, pese a que había tomado sus precauciones para que nadie se percatase de lo extraño de la situación, ni se sorprendiese al ver a una muchacha saliendo entre dos hombres que la llevaban de los brazos. Luego, el coche, el regreso a Niza… Había ido a la casa de Jacques, y cuando el criado había abierto, le habían golpeado. Ya no supo nada más de él. A ella la subieron a aquella habitación, la habían tendido sobre la cama boca abajo, y así

estaba desde hacía horas.

Durante ese tiempo, había comprendido quién era el sujeto del cabello cortado a cepillo: Edouard Laverne, el hombre que había mancillado el Bushido, que había dejado, de ser un budoka para convertirse en un aventurero sin escrúpulos, llevando a cabo canalladas propias, o las que implicaban estar al servicio de Ferdinand Rochelle… Ahora, Nina Veruska sabía que todo era una trampa mortal para Jacques Bernard.

Ahora, en aquel momento, Laverne se volvía, junto a la ventana, mirando hacia la silueta del hombre que había dicho que Bernard no vendría, porque debía estar frito en una de las parrillas…

—Vendrá —dijo Laverne—. Vosotros no sabéis de lo que es capaz un hombre de ésos… Yo lo conozco bien Bernard conseguirá todo lo que quiera en la casa de Rochelle, y vendrá aquí. ¿Por qué te crees que yo me he despedido por mi cuenta del señor Rochelle? ¡Amigo, no quiero saber nada con alguien que está bajo el punto de mira de la Kuro Arashi…! Todo lo que me interesa, es matar a Bernard, por mi propia seguridad.

—Eso has podido hacerlo en varias ocasiones —dijo el tercer hombre que estaba con Nina en el dormitorio.

—Sí, quizá… Quizá podría haber acribillado a Bernard, pero no me interesaba. Y os diré por qué: yo sé que él va a conseguir esos documentos que pueden proporcionarnos muchísimo dinero. Por eso, lo estuvimos vigilando desde que salió de aquí, y cuando fue a encontrarse con la muchacha, y cuando apalizó a aquellos dos desgraciados en el castillo, y cuando fueron a echar un vistazo a la quinta de Rochelle, y cuando se instalaron en el hotel con la chica… Nada de matarlo… a destiempo. Él quizá tenga ya los documentos, irá a buscar a la chica al hotel, y cuando no la encuentre, ni nadie sepa darle razón de ella, no sabrá qué hacer… y vendrá aquí. Entonces, lo mataremos. Sólo entonces, porque su regreso aquí, significará que ha conseguido los documentos en la quinta de Rochelle.

—A mí me parece que estás exagerando sobre ese sujeto.

En la oscuridad, Laverne encogió sus anchos hombros. Muy bien, aquel par de idiotas podían pensar lo que quisieran, pero él no se iba a confiar ni tanto así. Sabía muy bien quién era el aparentemente inofensivo y simpático Jacques Bernard. Por eso, había dispuesto las cosas de tal modo que no podían fallar.

Esta vez, Bernard no escaparía. No lo haría, estaba seguro.

Cuando Bernard llegase a la casa, él bajaría a esperarlo, pistola en mano. Pero, además, le informaría de cómo estaban las cosas: tenía tres hombres en la casa, uno vigilando al maniatado criado, y dos arriba, en un dormitorio, con Nina Veruska; los tres hombres tenían

órdenes de matar, tanto al viejo criado como a la muchacha, si él no le entregaba los documentos. Laverne sabía que Bernard obedecería. Y sabía, también, que nunca iba armado con armas de fuego. Así que, en cuanto lo tuviese ante él, bajo la presión de amenazas a las vidas, y le hubiese entregado los documentos… sólo tendría que apretar el gatillo varias veces, y asunto terminado. La Kuro Arashi se lo pensaría muy bien antes de destacar a otro budoka para que cazase a Edouard Laverne. Y si se ponían pesados, sabía muy bien dónde descargar el golpe que los desorganizaría a todos: sólo tenía que ir a Japón, a cierto ryokan cercano a Tokio, y cargarse al maldito Sensei… ¡Y asunto terminado para siempre! Y con el dinero que obtendría por los documentos, podría retirarse definitivamente, y darse la gran vida…

—Nos vamos a morir de aburrimiento —dijo, de pronto, uno de sus compinches.

—¿Qué tiene de malo que gocemos un poco con la chica? —gruñó el otro—. ¡De todos modos luego la vamos a matar…!

Laverne frunció el ceño, y acercó su muñeca izquierda al resplandor lunar del exterior, para ver su reloj. No tenía la menor duda de que Bernard volvería, pero… ¿cuándo? Y aquel par de bestias se estaban poniendo nerviosos…

—Está bien —admitió—, distraeros un poco. Pero que no grite.

Se oyeron dos gruñidos de satisfacción, y las sombras de dos hombres se movieron hacia la cama donde Nina, asustada, y desobedeciendo las órdenes severísimas recibidas, se volvió boca arriba, dispuesta a defenderse… No tuvo tiempo ni de respirar, prácticamente: dos bestias cayeron sobre ella, sujetándola, tapándole la boca y comenzando a arrancarle el bonito vestido de noche a tirones, dejando al descubierto los blancos senos, los hombros, parte del vientre… En la oscuridad se oían los jadeos de los dos hombres, los ahogados gemidos de la muchacha…

—¡Sujétala bien! Yo lo haré primero, y luego tú la…

—¡Ahí está! —exclamó Laverne, de pronto—. ¡Ahí llega Bernard!

—¡La madre que lo…! ¡Ya podía haberse retrasado media hora más, maldito sea!

—¿Estás seguro de que es él?

—Parece su coche… Sí, lo es. Está detenido delante de las verjas. Pronto entrará…

En el lecho se oyó un golpe sordo, y un gemido. Laverne miró hacia allí, y vio la forma del cuerpo de Nina Veruska tendida, destacando sobre su vestido la blancura de sus senos. Los dos bestias se acercaron a la ventana, y miraron hacia donde señaló Laverne. Cierto, un coche se había detenido ante las verjas. Las luces cortas fueron apagadas, de modo que sólo quedaron encendidas las pequeñas

de posición del vehículo… La puerta del conductor se abrió, y los tres vieron la alta silueta que fue hacia las verjas, las empujó sin duda tras haber utilizado la llave para girar la cerradura, y volvió al coche. El rugido del motor llegó apagado hasta ellos, pero el coche no se movió. Apenas era una sombra salpicada por los puntos de luz amarilla de posición…

—¿Qué pasa? —susurró uno—. ¿Por qué no entra?

—Ya entrará, ya —susurró Laverne.

El motor dejó de oírse. Luego, se oyó el zumbido de nuevo, tras varias insistencias. Parecía que la batería no estaba demasiado bien… Pero finalmente, el coche entró en el recinto ajardinado, recorrió unos diez o doce metros, y volvió a detenerse. ¡Zum-zum-zum-zum…!, se oyó, de nuevo, el encendido en falso.

Los dientes de Laverne relucieron en la oscuridad.

—No es hombre que se complique la vida —susurró—. Pronto va a salir del coche, y entrará en la casa. Para entonces, quiero estar esperándole abajo. Vosotros, agarrad a la muchacha y estad cerca de la puerta, por si tengo que demostrarle que, en efecto, la tenemos. Si es así, ya sabéis. Aparecéis en lo alto de la escalera, que la vea, y volvéis aquí dentro. ¿De acuerdo?

—Ve tranquilo.

Abajo continuaba oyéndose el zumbido del motor del encendido, insistente.

—Acabará de descargar la batería —dijo Laverne.

Cruzó el dormitorio, abrió la puerta, y salió al pasillo. Bajó al vestíbulo, sin encender ni una sola luz. Toda la casa estaba a oscuras. Esperaría a que Bernard dejase de insistir con el motor, y entonces encendería las luces de abajo… De ninguna manera quería enfrentarse a Bernard en la oscuridad, aunque tuviese todas las bazas a su favor… Sólo de pensar en ello, sentía frío en todo el cuerpo. El no era precisamente un desgraciado luchando, pero, en la oscuridad, Bernard sería… como un tigre jugando con un gato. Laverne sabía muy bien lo que podía esperarse de un hombre qué se había entrenado en Nin-Jutsu tras haberle sido descubiertas por Sensei sus facultades innatas para ello…

El motor seguía insistiendo; el motor de arranque, desde luego. ¡Zurrtrzum-zum-zum…!

Arriba en el dormitorio, los dos sujetos también oían el zumbido, mientras incorporaban a Nina Veruska, riendo sordamente y manoseándole los pechos.

—¡Vaya hembra…!

—Luego la poseeremos. Hay que despertarla por si tenemos que sacarla al pasillo para que la vea ese Bernard.

Dos secas bofetadas restallaron en las mejillas de Nina Veruska, que respingó ahogadamente, se agitó… Apareció la blancura de las córneas de sus ojos recién abiertos.

—¡Arriba, cachonda! Luego te daremos lo tuyo, pero ahora te queremos obediente y en pie. ¡Venga, en pie!

En un instante, apenas puesta de pie, Nina lo recordó todo. Oyó, abajo, el zumbido insistente del motor de arranque. Su boca se abrió.

—¡Jac…! —inició el grito.

El hombre que tenía a su derecha respingó, y giró hacia ella velozmente, hundiéndole el puño en el estómago, de modo que Nina quedó con la boca abierta, pero sin aliento, como partida en dos por un insoportable dolor.

—¡La muy puerca! —jadeó el otro—. ¡Túmbala en el suelo, la voy a matar ahora mismo…!

—SSSSSSSS… —se oyó en la salida a la terraza.

Los dos volvieron a la vez la cabeza, sobresaltados. Vieron una sombra, respingaron, y metieron la mano derecha bajo la axila izquierda, al mismo tiempo que un pequeño objeto reluciente cruzaba el aire, desplazándose con vivos destellos en la oscuridad, lanzado por una mano enguantada en negro… Tras el primer shuriken en forma de estrella, partió el segundo, en forma de media luna, girando velozmente y como queriendo alcanzar al que le procedía.

Pero no.

Primero llegó uno, y luego el otro… aunque apenas a una décima de segundo de diferencia. El primero se clavó en la garganta de uno de los hombres, que cayó hacia atrás emitiendo una especie de borboteo, llevándose las dos manos a la tremenda herida, olvidado por completo de la pistola. El segundo shuriken, girando velocísimamente, se clavó, por una punta, en la sien del otro sujeto, que emitió un ronquido, giró, y cayó de bruces, muerto fulminantemente, mientras en el suelo, el primero pataleaba fuertemente en veloz y violencia agonía… que cesó enseguida.

Tambaleante, aterrada, casi desnuda, Nina Veruska sólo vio una sombra apareciendo en la terraza, y dando un paso hacia el interior del dormitorio, pero no vaciló ni un instante.

—¡Jacques! —gimió, corriendo hacia la sombra.

Se cobijó en los brazos del ninja, y rompió a llorar. Una mano negra acarició su cabeza.

—Tranquilízate, Nina —susurró Jacques Bernard—. Todo está bien ahora. Llora cuanto quieras, pero no escandalices demasiado…

—Jacques —tartamudeó ella, entre lágrimas—. ¡Jacques, ese hombre está aquí, en tu casa, abajo…! ¡Es…!

—Edouard Laverne, ya lo sé. He comprendido muy bien lo que está

sucediendo. ¿Qué ha pasado con Alex? Con mi criado.

—No… no sé… Un hombre se quedó con él, pero no sé dónde están… ¡Lo matarán si…!

—Cálmate. ¿Cuántos hombres son, en total?

—Cuatro… Laverne y tres más. Bueno, ahora sólo… sólo está Laverne y otro…

—De acuerdo. No te muevas de aquí. Pero si oyes que alguien quiere entrar en la habitación sin dar dos golpes en la puerta, escapa por la terraza. Descuélgate como sea, salta, y corre hacia mi coche. El señor Pfalz está en él, entreteniendo a esta gente, y sabe lo que tiene que hacer si Laverne consigue matarme. ¿Has entendido?

—Sí… Sí, Jacques… ¡He pasado un miedo…!

—Lo comprendo. Bien, espero volver enseguida. No olvides lo que te he dicho…

—No…

La sombra se deslizó hacia la puerta, y salió al pasillo. Entró en otro dormitorio, se descolgó desde la ventana, al otro lado de la casa, y se deslizó hacia la parte de atrás, adonde daba la puerta de servicio de la cocina. Aplicó el oído a la madera, y estuvo escuchando… Sin problemas, porque el motor de arranque de su coche había dejado de zumbar. La luz de la parte de delante de la casa se encendió, y Ninja supo lo que tramaba Laverne como si éste se lo hubiese explicado palabra por palabra.

Ninja empuñó la pequeña linterna con la mano izquierda, sujetó con los dientes otro shuriken, y con la mano derecha probó suavemente el pomo de la puerta trasera de la cocina. No estaba cerrada con llave. Despacio, con una suavidad de seda, el ninja fue moviendo el pomo, hasta que supo que había hecho girar completamente el pestillo. Entonces, tiró rápidamente de la puerta, dirigió la luz de la linterna hacia el interior de la cocina, y su mano derecha fue en busca del shuriken que sujetaba con los dientes…

Atrapado de lleno por el círculo de luz junto a la puerta de la cocina, el hombre que esperaba allí, pistola en mano, lanzó un respingo, y se volvió, alzando un brazo hacia los ojos y extendiendo el otro, con la pistola lista para disparar… Pero fue tan lento en comparación con Jacques Bernard que cuando su brazo izquierdo llegó ante su rostro, ya el shuriken se había hundido en su garganta, y el hombre, tosiendo apagadamente, dejó caer la pistola, sus piernas se doblaron, y rodó por el suelo… quedando cerca de los pies de Alex, que estaba atado de pies y manos y sentado en el suelo.

Un instante más tarde, Jacques estaba acuclillado junto a Alex.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí, señor. Pero tenga cuidado: ¡en la casa hay…!

—No te preocupes, voy a desatarte, y quiero que enseguida salgas de la casa, y te escondas en el jardín hasta que yo te llame. Si no lo hago dentro de quince minutos, escapa.

—Pero, señor…

—Haz lo que te digo.

—Sí, señor…

Segundos más tarde, Alex salía de la cocina, hacia el jardín. Jacques esperó un poco. Luego, abrió con cuidado la puerta de la cocina, y pudo ver el resplandor de la luz en el vestíbulo. Se imaginó perfectamente a Laverne esperando, apuntando con su pistola hacia la puerta principal… Sonriendo bajo la capucha, Jacques Bernard terminó de abrir la puerta, y fue hacia el cuadro de mandos eléctricos, que estaba bajo la escalera que desde el vestíbulo ascendía al primer piso. Un poco más allá, como interesante adorno, habían en la pared algunas armas japonesas, entre ellas dos katana cruzadas.

Se acercó al cuadro de mandos, acercó la mano a la clavija de conexión general, y la bajó.

* * *

La luz se apagó, de pronto, y Edouard Laverne quedó como paralizado, tan súbitamente seca la garganta, que ni tuvo fuerzas para respingar. Acostumbrado a la luz desde hacía algunos minutos, sus ojos no estaban preparados para aprovechar la que llegaba desde el exterior, lívida, amortiguada, así que, prácticamente, quedó ciego.

Un ruido tras él le hizo volverse velozmente. Un ruido tan ligero que quizá era fruto de su imaginación, de su súbito miedo. Disparó hacia allí, y al levísimo resplandor del disparo, le pareció ver una forma negra desplazándose velozmente. Disparó otra vez, pero ya no vio nada.

Se quedó inmóvil, tenso, agarrotado, moviendo los ojos hacia todos lados, como enloquecido.

—¿Bernard? —jadeó—. Bernard, tengo a la chica, arriba: dos de mis hombres la matarán si no se deja ver. ¿Me oye?

—SSSSSS… —sé oyó en la oscuridad.

Laverne respingó esta vez, convencido de que hacia sus pies se deslizaba una víbora. Bajó la pistola, y comenzó a disparar contra el suelo… en el que rebotaron inofensivamente las balas. Se detuvo de pronto, cada vez más aterrado. Eso era lo que quería Bernard, ¡que agotase las balas de su pistola!

Por detrás de él oyó perfectamente el deslizarse de unos pies, así que se volvió, y comenzó a disparar… contra nada, porque nada había allí. Su dedo quedó crispado sobre el gatillo. En su frente aparecieron

algunas gotas de sudor.

—¿Bernard? No va a poder derrotarme… Le diré lo que voy a hacer: si no aparece enseguida, voy a subir a matar personalmente a la muchacha… ¿Me oye?

—SSSSSS… —oyó a su izquierda,

Se volvió, pero no disparó esta vez.

—SSSSSS;… —sonó el siseo, ahora a su derecha.

De nuevo giró Edouard Laverne, cada vez más crispado, más tenso, más sobresaltado… Sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra lunar. Distinguió la escalera, y comenzó a caminar hacia allí…

—SSSSS…

No hizo el menor caso. Corrió hacia la escalera, pero, de pronto, notó un extraño zumbido en la cabeza, que giró vertiginosamente como sumergida en un pozo frío, debido al terrible Kiai silencioso, que le hizo perder el equilibrio y caer sentado al suelo. Alzó la cabeza, vio aquélla sombra negra ante él, y alzó la mano armada… Lo último que vio Laverne fue el centelleo de una katana descendiendo sobre su cabeza.

ESTE ES EL FINAL

NINA Veruska terminó de ducharse, retirando todo el jabón salió de la bañera, y comenzó a secarse. De pronto, sonrió.

—Me parece que si el señor Pfalz no hubiese intervenido, te habrías visto en un buen lío con las autoridades, mi amor. Pero gracias a él, todo ha terminado bien… para ti. ¿Qué habrías hecho si el señor Pfalz no hubiese aclarado el asunto al SDECE?

Silencio. Nina miró hacia el dormitorio, frunció un instante el ceño, y continuó:

—Y el señor Pfalz tenía motivos para estar enfadado contigo. Le has dado varios sustos, le has requisado doscientos mil y pico de francos para la Kuro Arashi… ¡y le has birlado la secretaria! Francamente, mi amor, los ninja no jugáis demasiado limpio; Por cierto: ¿para qué quieres tú una secretaria?

Silencio.

—¿Jacques? ¿Estás ahí?

De nuevo miró Nina Veruska hacia la puerta del cuarto de baño. Dejó caer la toalla, metió los pies en las zapatillas de baño, y salió al dormitorio con tan reducida indumentaria, mirando a todos lados.

—¿Jacques? ¡Vaya, no está…! ¡He estado hablando sola como una tonta! Pero… me dijo que me esperaría aquí… ¿Dónde…?

Nina Veruska lanzó un fortísimo respingo cuando de pronto, unos brazos desnudos la abrazaron desde atrás por el pecho, y unos dientes cayeron sobre su nuca. Y detrás sonó el mordisco:

—¡Ñam! ¡Mordida!

—¡Por el amor de Dios…! —gimió la muchacha—. ¡No hagas eso!

—¿No te gusta que te abrace y te muerda?

—Eso sí —asintió ella, girando, sin salir del cerco de los brazos de Jacques Bernard—. ¡Pero me pone nerviosa no saber nunca dónde estás y por dónde y cómo vas a aparecer! ¡Santo cielo…!, ¿dónde estabas?

—Espiando cómo te duchabas.

—Pero… ¡realmente eres un sinvergüenza, amor mío! Además, no es cierto, no estabas allí, porque yo te habría visto… ¿O no? Estoy pensando… Sí; vas a tener que enseñarme esos trucos tuyos. Si tú puedes convertirte en invisible, yo también quiero saber hacerlo. ¿Sí, mi amor?

—No —negó Jacques Bernard, alzándola en brazos, y caminando

hacia el lecho—. Prefiero que seas bien visible… y bien tangible.

—A decir verdad, yo también —suspiró Nina Veruska.

FIN





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:



¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España